TRABAJOS EN EL PARQUE ARQUEOLÓGICO DE LA CUEVA PINTADA DE GÁLDAR, GRAN CANARIA. AVANCE DE LAS INTERVENCIONES REALIZADAS EN 1993

POR

CELSO MARTÍN DE GUZMÁN
JORGE ONRUBIA PINTADO
JOSÉ IGNACIO SÁENZ SAGASTI

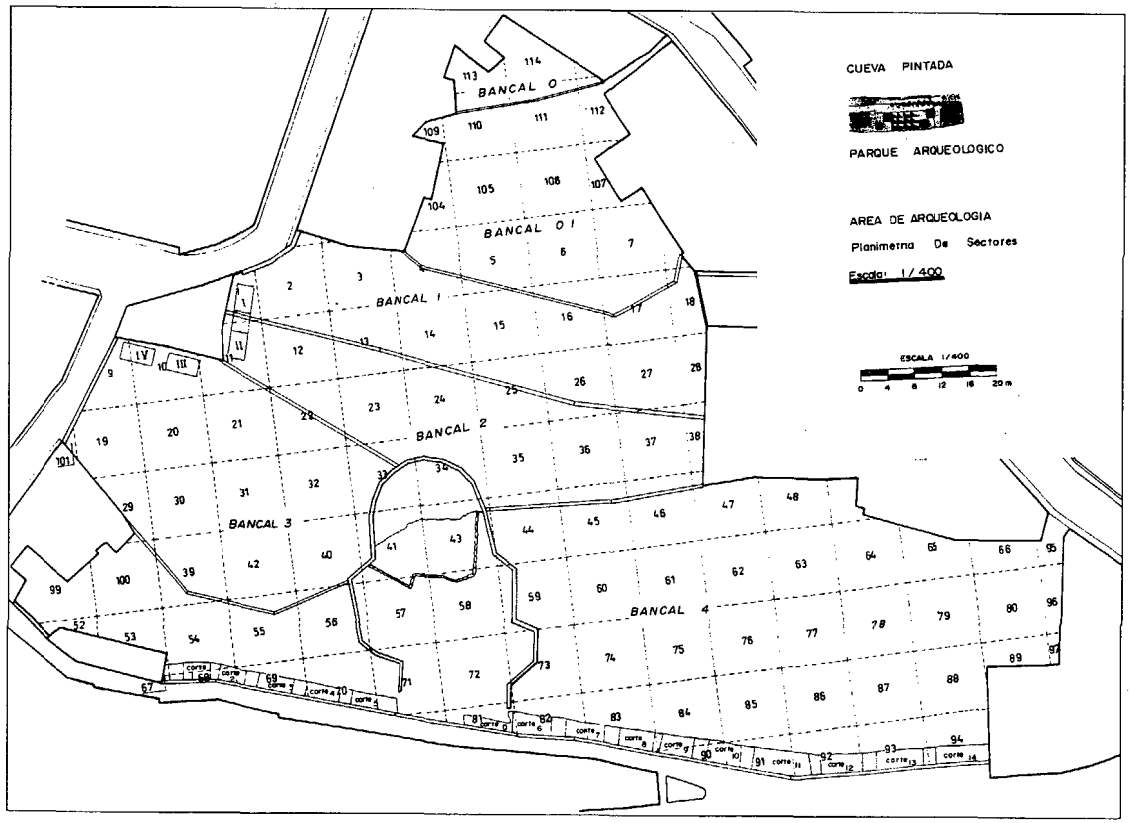
Con la colaboración de:

Almudena García Bartual, Concepción García Guerra, Sergio Olmo Canales, Francisco M. Mireles Betancor, María Auxiliadora García Sánchez, José María Domínguez Peña, Consuelo Marrero Quevedo y Valentín Barroso Cruz.

I. EXCAVACIONES

1. Introducción

A lo largo del año 1993 se ha desarrollado, en el recinto del *Parque Arqueológico Cueva Pintada* de Gáldar, toda una serie de trabajos correspondientes a la décima campaña de excavaciones arqueológicas. Junto a las labores de campo, con una duración aproximada de unos diez meses, se han ido realizando las habituales tareas de laboratorio y documentación gráfica (planimetrías, dibujos de materiales y fotografías), así como la consolidación y restauración tanto de algunas de las estructuras ya exhumadas, como de los materiales arqueológi-


CUEVA PINTADA
PARQUE ARQUEOLOGICO
AREA DE ARQUEOLOGIA
Planimetria De Sectores
Escala: 1/400
ESCALA 1/400
0 4 8 12 16 20 m
BANCAL 0
BANCAL 01
BANCAL 1
BANCAL 2
BANCAL 3
BANCAL 4

PLANO 1

cos asociados a las mismas. Por otro lado, y como complemento a estas tareas, se ha avanzado, a lo largo de todo el año, en el registro y tratamiento automático de los datos mediante el correspondiente sistema informático.

La ejecución de todos estos trabajos fue posible gracias a una subvención de la Comunidad Autónoma de Canarias, que a través de la Dirección General de Patrimonio Histórico, del Plan Canario de Empleo y del Excelentísimo Ayuntamiento de Gáldar, dotaron al yacimiento de un equipo de personal, compuesto por doce licenciados en Historia y una veintena de obreros.

El objetivo principal de esta campaña era doble. Por una parte, se contemplaba la excavación completa de varias de las estructuras de habitación que habían sido ya parcialmente exhumadas en años anteriores. Por otra, y como se explicará más adelante, se pretendía documentar, de manera rigurosa, toda la zona norte del yacimiento (bancal 0 y bancal 01, plano 1), donde el Proyecto de Arquitectura del Parque Arqueológico ha sido el futuro *Antiquarium,* laboratorio y almacenes.

2. Las estructuras arqueológicas

La exposición de las tareas de campo va a ser abordada de acuerdo con las intervenciones realizadas en los diferentes sectores. Como en anteriores trabajos, su desarrollo va a dirigirse de norte a sur, siguiendo un recorrido a través de los bancales agrícolas que condicionan la topografía del yacimiento.

2.1. *Bancal 0, bancal 01*

Una de las áreas del yacimiento donde se ha llevado a cabo una actuación más intensa es el límite *N* del mismo, donde a lo largo de los primeros meses del año se concluyeron los expedientes de expropiación y ocupación inmediata de dos fincas que sumaban una extensión aproximada de unos 800 metros cuadrados, y que contenían huertos y alpendes, propiedad de las casas vecinas (foto 1).

Una vez terminadas las labores de limpieza, se topografió toda la extensión, colocando los vértices de los nuevos sectores que, continuando con la misma orientación del resto del yacimiento, ordenan todo el espacio sobre el que se ha actuado (plano 1). En concreto, se intervino sobre los siguientes sectores: 4, 5, 6, 7, 104, 105, 106, 107, 110, 111, 112, 113, 114 y 115.

2.1.1. **Sectores: 105 a 115**

Se comenzó planteando varios sondeos que ocupaban diferentes zonas de la superficie total, intentando determinar si la ocupación indígena fue tan intensa como en las zonas ya excavadas del centro y sur del yacimiento.

En el bancal 0 solamente se definió el lienzo de un murete de *opus* irregular construido con piedras de basalto, orientado de *N* a *S* y que queda interrumpido por ambos lados sin conectar con ningún otro recinto. La mitad norte de este bancal presenta una explanación artificial, relacionada sin duda con los trabajos de construcción de los bancales agrícolas o, más probablemente en este caso, con los edificios colindates a las fincas.

En el bancal 01 ocurre algo similar, también en su mitad *N* la toba aparece explanada y conserva varias calicatas y escarpes, así como un gran escalón sobre el que apoyaba el muro del bancal 0. En la mitad *S*, sin embargo, se pudieron distinguir al menos tres espacios de diferentes características constructivas que, a continuación, se pasa a describir detalladamente.

2.1.2. **Sectores: 5, 6, 105, 106**

Adosada al escalón transversal originado por la explanación de la toba en la mitad *N*, se descubre una *fosa* circular, de unos dos metros y medio de ancho por dos de largo, colmatada por un paquete sedimentario de tierra fina y arena,

conformado por pequeños niveles que buzan en sentido *N-S* y *S-N*. Da la sensación que esta poceta se fue rellenando, de forma natural, por escorrentías de agua que transportaban sedimentos finos. El hecho de que en la base se documente una toba duramente encalichada y poco porosa, debió facilitar la acumulación de agua durante períodos prolongados de tiempo. Nos falta por definir una interpretación exacta sobre su funcionalidad y la relación que pudiera tener con otras estructuras próximas.

A unos cuatro metros al sur de este recinto, se evidenciaron los restos de lo que, sin duda, era un espacio habitacional orientado en sentido *NE-SO*. Éste presenta una planta cuadrangular con dos alcobas laterales *tallada* en la roca madre que conserva en su testero, apoyados sobre este cajeamiento, una decena de sillares de toba perfectamente escuadrados. El resto de los muros que debieron revestir el entalle en la toba se ha perdido. Por eso es difícil confirmar si se trata de paramentos construidos exclusivamente con sillares o si, por el contrario, contenían también piedras de basalto. Algunos de los sillares, en particular los que forman la esquina de una de las alcobas laterales, conservan restos de un enjalbegado de rojo almagre, al igual que ocurre en la mayor parte de las casas excavadas en el yacimiento. La estructura no conserva un nivel claro de ocupación, llegando los niveles de arrastre hasta el piso de la misma. Una fina capa de tierra cubre parcialmente este suelo basal, en el que se han excavado varios hoyos circulares que interpretamos como agujeros de poste.

2.1.3. **Sectores: 6 y 7**

Al *E* de esta estructura anteriormente descrita se documentaron los restos de otra fábrica de la que sólo se conserva la mitad *O* y parte del testero *N*. La casa mantiene los paramentos construidos con mampuestos de basalto dispuestos a seco y apoyados sobre un previo cajeamiento dela toba. Colmatado su interior por los típicos niveles de arrastre/derrumbe, conserva un piso de ocupación donde se recuperaron, en posición primaria,

al menos tres recipientes cerámicos fracturados *in situ*, así como numerosos restos de fauna y malacofauna. Pero lo más interesante de este conjunto son, sin lugar a dudas, dos de sus recipientes: una forma azucarera elaborada a torno y una cerámica globular a mano (foto 2), muy similar a las formas documentadas como de transición entre los repertorios prehispánicos y la que se ha dado en llamar cerámica de *tradición popular* (tipo alfar de Hoya de Pineda). En este mismo contexto se descubrieron dos fragmentos de pintaderas así como un clavo de hierro. Estos materiales se asientan sobre un nivel de sedimento endurecido que recubre la toba y que, en la zona central, tiene un rebaje artificial donde se descubrieron dos manchas de ceniza y carbón asociadas a numeroso material arqueológico. Por debajo de ellas, y ya apoyando sobre el substrato rocoso, se identificó un sedimento de color claro que contiene una pequeña acumulación de piedras con abundante fauna.

Este espacio habitacional se encuentra atravesado, de norte a sur, por un paramento de bolos de basalto que no apoya en la toba, sino sobre un nivel de sedimento muy compacto que cubre el piso de ocupación más moderno de la vivienda, dividiendo lo que debió ser el espacio central de la misma (foto 3). La cara oriental de dicho muro presenta un llagueado constituido por un mortero de cal. Al *E* de este paramento, y ya por debajo del nivel de tierra endurecida (donde se hallaron cerámicas a mano y a torno, junto a numerosas piezas metálicas), queda un gran espacio donde la toba, artificialmente explanada, conserva algunas perforaciones circulares que se interpretan como agujeros para encajar postes en los que apoyaba la techumbre, así como un pequeño pozo de unos 60 cm. de diámetro y 50 cm. de profundidad, acaso relacionado con una eventual función de almacenamiento.

Parece evidente que estamos ante dos momentos de ocupación, histórica y culturalmente diferentes. Resulta razonable pensar que algunas de las piedras que faltan en la zona oriental de la casa de construcción más antigua puedan haber sido utilizadas para construir el muro superpuesto. Se evidencia, pues, un cambio en la organización del espacio doméstico, donde el modelo cruciforme de la vivienda prehispánica es

suplantado por la planta rectangular, propia de las crujías castellanas. Incluso, a dos metros escasos hacia el este, y ocupando parte de este espacio central, se ha conservado un piso compuesto por pequeños guijarros de basalto, formando un *pavimento* que recuerda los pisos de los *patios* andaluces, o los *empedrados* de las calles castellanas. Asociados a este empedrado, se han descubierto numerosos fragmentos de tejas, adobes, cerámicas a torno, elementos metálicos y restos de un mortero de cal similar al que se aparece en el muro que atraviesa la vivienda de norte a sur.

Al suroeste de esta estructura está situado un recinto tallado en la toba, con casi un metro de altura de sus paredes, de planta rectangular no cerrado por su lado meridional. Orientado en sentido *N-S,* no conserva muros de piedras, estando el piso de toba cubierto por un nivel de tierra con abundantes restos de ceniza y cal. Sobre este nivel se recuperó material arqueológico muy diverso, en posición secundaria, junto a una acumulación de cal, cerámica a torno y a mano, *elementos metálicos de hierro y bronce,* fauna, etc. Restos de un muro de basalto, orientado de *O* a *E,* recubren este nivel. La función de este espacio no ha podido ser definida satisfactoriamente.

2.1.4. **Sector: 17**

Todo este conjunto de estructuras se halla precedido por otra gran *fosa* de similares características a la descrita antes (ver sectores 5, 6, 105, 106). De unos dos metros de diámetro y casi uno de profundidad, está igualmente colmatada por sedimentos que buzan en sentido *O-E,* la mayoría estériles desde el punto de vista arqueológico, que testimonian un proceso natural de relleno a partir de escorrentías superficiales (foto 4). La base está formada por un gran costrón calcáreo que recubre el substrato rocoso. Al sur de esta fosa se descubre un nivel de lajas de basalto que forman un pequeño enlosado por encima del cual se documentan restos de un muro de basalto, con una orientación de *N-S,* que podría conectar con el paramento del sector 7.

2.1.5. **Sectores: 4 y 5**

En la zona occidental de este gran bancal, entre los sectores 4 y 5, se descubrieron dos entalles artificiales de diseño semicircular practicados en la toba, que contenían, en su interior, varias perforaciones circulares. Estos *canales* recuerdan otros recortes muy similares que se descubrieron en los trabajos de 1990 (Martín de Guzmán et al., 1992, p. 187) y que, por su posición, próximos a los escalones en la toba, sugieren una técnica muy particular de ataque y transformación del soporte tobáceo.

La conexión de todos estos elementos estructurales no queda suficientemente clara por ahora. Entre otras razones, porque los trabajos de construcción de los bancales agrícolas afectaron de manera importante a todo este sector del yacimiento.

2.2. *Bancal 1*

2.2.1. **Sectores: 15, 16, 25 y 26**

En este área se desmontaron varios testigos para documentar por completo el conjunto habitacional, formado por dos recintos de planta central, descubierto parcialmente en la campaña del año 1990:

— Sector 15: Corte F/J-2/10.
— Sector 16: Corte A/H-1/10.
— Sector 25: Corte F/J-1/6.
— Sector 26: Corte A/H-1/9.

De sur a norte, el primero de los espacios está formado por una cámara de planta cuadrangular, con dos alcobas laterales, que no tiene diferenciada su cabecera. En su lugar se abre un corredor de acceso a la segunda estructura que presenta dos sillares de toba que apoyan sobre el suelo y que deben interpretarse, más como un escalón de acceso al recinto norte que como la base de un muro que separase ambos espacios. Esta casa no tiene, por tanto, la característica planta de diseño cruciforme que se certifica en otras estructuras del yaci-

miento. Apoyados en el cajeamiento previo de la toba, se levantan los paramentos, dispuestos a seco y aparejados con mampuestos de basalto y apenas dos o tres sillares de toba, que conservan restos de pintura en las alcobas laterales. En el corredor de acceso se disponen grandes piedras de basalto colocadas de canto, que conectan con los muros que conforman el paramento exterior, de claro diseño curvo. El interior de la vivienda no ha conservado el pavimento, comprobándose, en el nivel basal, la existencia de una capa de tierra de espesor variable que recubre la toba parcialmente. Sobre ella se recuperó material arqueológico muy diverso, en el que coexisten la cerámica indígena junto a la *cerámica a torno, una moneda* y restos de un *clavo de hierro.* El substrato rocoso, sobre el que se apoyaba un molino de basalto, tiene varias perforaciones circulares, a modo de agujeros de poste.

El paramento exterior de esta estructura conecta, al este, con los muros de un nuevo espacio de clara funcionalidad doméstica. Sólo se conserva la mitad norte de la misma, que presenta una posible planta central con una alcoba lateral abierta en su paramento norte, que rompe, mediante una línea de diseño curvo, la traza ortogonal de los muros *O* y *N* de dicha habitación. Las paredes descansan sobre el típico cajeamiento de la toba que presenta, en el lado *E,* una orientación distinta a la que siguen los muros. En el interior de esta estructura se documentó un nivel de ocupación, en parte afectado por derrumbes y arrastres, donde se pudieron recuperar numerosos restos de fauna y malacofauna asociados a cerámicas indígenas muy fragmentadas (foto 5). Por detrás del muro que cierra el lado *E* se descubrió un recipiente casi entero de tipo troncocónico (cazuela baja), almagrado y fracturado *in situ.* Este recinto muy bien podría estar relacionado con el nivel basal del sector 36 (corte B/H-1,2) excavado en la campaña de 1991, donde se localizaron, en el interior de un rebaje artificialmente acondicionado en la toba, al menos dos recipientes casi enteros y fracturados también *in situ.*

La otra estructura arqueológica que forma este singular complejo habitacional comunica con la primera casa de basalto descrita mediante un corredor excavado en la toba (foto 6)

que presenta, en sus paredes, varias oquedades intencionales donde presumiblemente se encastraría un elemento del sistema de cierre de acceso al recinto. Conforma un espacio central excavado artificialmente en el substrato rocoso con dos alcobas laterales y una cabecera muy desarrollada. Esta especie de ábside es el único alzado del cajeamiento de la toba que conserva paramentos adosados, construidos con mampuestos de basalto en los muros laterales y con sillares tallados en la toba en la pared norte. Este último muro tiene un desarrollo en altura de alrededor de 248 cm. (foto 7), con un fuerte extraplomo, y está construido con una técnica muy particular ya que los sillares, que conservan *huellas de las herramientas con las que se trabajaron los materiales,* aparecen rodeados de pequeñas lajas de basalto para garantizar su ajuste. La pared acaba cimentada sobre un escalón de toba situado a una cota más alta que el suelo de la habitación. Se pueden intuir pequeñas reformas de este muro en su esquina oeste, donde las tres hiladas superiores están aparejadas con bolos de basalto.

El interior de esta estructura se encuentra colmatado por episodios de arruinamiento y arrastre; con numerosas piedras de basalto y sillares de toba. Estos depósitos están relacionados con los derrumbes de los paramentos de la propia casa, o de casas situadas en cotas superiores del yacimiento, sobre los que cimentaba el muro de contención del bancal 01 sellando los niveles más antiguos de la estructura. Estos registraron un piso de ocupación formado por un *pavimento,* parcialmente almagrado, que alterna con importantes manchas de combustión a las que se encuentran asociados abundantes restos de fauna (malacofauna, ictiofauna y especies terrestres) y un numeroso material arqueológico localizado *in situ,* en su mayor parte cerámicas (algunas de ellas casi completas, como por ejemplo dos platos y una cazuela troncocónica baja). Destacan, por su ausencia, las cerámicas de importación a torno, así como todo tipo de elemento metálico (éstos sí se documentaron en la casa que antecede a este recinto).

Bajo este *pavimento,* la roca soporte presenta posibles agujeros de poste, que se distribuyen en el ámbito más septentrional en dos filas paralelas, junto a un gran hoyo, en el centro,

destinado a albergar, posiblemente, una *placa de hogar* que se halla cubierta por un compacto sedimento de tipo ceniciento del que se recogieron muestras para su análisis. Por debajo de éste aparece una fina capa de sedimento de color claro y de aspecto arenoso que debió servir de preparación para dicha *placa de hogar* (foto 8).

A pesar de todo, falta por determinar si la ocupación de este *complejo habitacional* fue única y simultánea en el tiempo o si, por el contrario, como parecen indicar los restos arqueológicos, hubo distintos momentos de utilización separados por un lapso de tiempo que se ignora, a la espera de poder concluir los trabajos de documentación y estudio completo del material arqueológico.

2.2.2. **Sector 25**

En la zona noroeste de este sector se excavó un testigo, que contenía un segmento del pequeño muro del bancal 1, en un intento de documentar parte de la planta que se descubrió en el año 1990 en el sector 15. Se definió así la mitad norte de una habitación, probablemente con dos alcobas laterales, en la que, sobre un previo cajeamiento de la toba, se han levantado paramentos construidos con sillares de toba dispuestos a seco. Los muros de la alcoba oriental, que conservan restos de un enjalbegado de almagre, presentan varios rodados de basalto. Sin embargo, no puede decirse aún si los muros están constituidos por un aparejo mixto, o si, en realidad, el alineamiento descubierto corresponde a la hilada basal de cimentación. En esta estructura no se llegó a alcanzar el piso de ocupación.

2.3. *Bancal 2*

2.3.1. **Sectores: 34 y 35**

Las primeras evidencias apuntan a la aparición de restos de una estructura arqueológica que datan de la campaña de

1990, cuando se descubrió una alineación de sillares de toba (Martín de Guzmán et al., 1994, p. 29). Ampliado el sondeo se desmontaron los siguientes cortes:

— Sector 34: Corte A/J-1/4.
— Sector 24: Corte E/J-10.
— Sector 35: Corte A/D-1/4.

En primer lugar, las labores de desmonte han permitido encontrar, bajo el relleno artificial del actual bancal agrícola, el paramento de lo que se interpretó como un muro de bancal histórico. Éste está construido a base de bolos de basalto, aparejados sin ningún tipo de argamasa, con una orientación *E-O* y con un buzamiento hacia poniente. Podría ponerse en relación con otros similares descubiertos, por ejemplo, en el sector 22 y en los cortes 7 y 8 del Cierre Sur. Aunque se localizó dentro del estrato I nivel 4, se pudo observar claramente que, en realidad, apoya sobre un nivel de sedimento muy endurecido, parcialmente cubierto por costrones calcáreos. Este depósito arcilloso, que ya habíamos identificado en años anteriores entre los sectores 23 y 24 como un lecho de acumulación endorreica de aguas de escorrentía, parece fosilizar el nivel de ocupación de la estructura de habitación que se ha documentado justo inmediatamente debajo de la misma.

En efecto, en una cota inferior a este nivel tan característico, se identificó un recinto de *opus* constructivo mixto, con muros dispuestos a seco que se sustentan sobre entalles practicados en el substrato rocoso, a excepción de la mitad norte, donde la orientación de las paredes y del cajeamiento es muy diferente, apareciendo colmatado el espacio entre ambos por un ripio de mediano tamaño. Todo esto forma una característica planta cuadrangular con dos alcobas laterales (foto 9), en este caso no del todo simétrica, ya que algunos muros presentan una cierta desviación y el paramento del testero no es recto, sino que describe un arco. Por otro lado, el pequeño corredor de acceso, del que se conservan muy pocas piedras probablemente afectado por la construcción de la exedra de hormigón que rodeaba por el *N* el *complejo troglodita,* se encuentra limitado por una línea de pequeños sillares de toba que hay que interpretar como un escalón de acceso al espacio

habitacional. El grado de deterioro de alguno de los sillares obligó a su tratamiento con consolidantes.

Como nota singular, cabe reseñar el hecho de que los paramentos del testero de esta fábrica se encuentren decorados mediante puntos de almagre, dispuestos irregularmente en las piedras y calzos de los muros. Este tipo de decoración es muy diferente de la que se observa en otras casas, donde, por lo general, la pintura cubre zonas continuas de las paredes. En el interior de la estructura, se documentó un piso de ocupación, compuesto por un nivel de tierra batida con abundante ceniza, que llega a formar localmente manchas, sobre el que se ha recogido un numeroso material cerámico junto a restos de fauna y de industria lítica. Estos repertorios forman una acumulación de cierta importancia en la alcoba oriental. Por debajo de este suelo de ocupación la toba se encuentra explanada y presenta una serie de perforaciones circulares que deben interpretarse como agujeros de poste y que conservan, en algunos casos, los calzos de basalto. Atendiendo a la planta, la forma constructiva, la orientación de los muros y los cajeamientos, parece que se pueden deducir dos momentos diferentes de ocupación para el funcionamiento de esta estructura.

2.3.2. **Sectores: 36 y 37**

Al norte de la estructura de basalto del sector 37 se desmontaron dos pequeños testigos descubriendo, a poca profundidad, el substrato tobáceo que presenta indicios de estar trabajado artificialmente. En concreto se identificaron varios «canales» de trazado semicircular que contienen en su interior pequeños hoyos circulares. Curiosamente este tipo de ranuras, en todo similares a las documentadas junto a otros recintos de ocupación, aparecen siempre cercanas a los muros. Esta localización pudiera acaso relacionarlas con un eventual sistema de anclaje de la superestructura aérea de las viviendas.

2.4. *Bancal 3*

2.4.2. **Sectores: 32, 22**

En este sector del yacimiento se procedió al desmonte de varios cortes, intentando documentar el límite meridional de la *cantera histórica.* Se excavaron los siguientes cortes:

— Sector 32: Corte F, G, H-1,2.
Corte I, J-1.
— Sector 22: Corte F, G, H, I, J-6, 7, 8, 9, 10.

Por debajo de los rellenos de la bancalización, se descubrió, a poca profundidad, la matriz tobácea que presenta claras evidencias de haber sido trabajada. Se identifican hasta tres líneas con entalles, formando varios escalones que acaban conectando con el escalón del sector 22 (descubierto en la campaña de 1991), donde se conservan claramente las huellas de extracción de bloques y de explanación de la toba, o las *marcas de cuñas y herramientas.* Este gran banco de extracción obligó en su día a rellenar toda esta parte con una gran cantidad de ripio para poder construir el muro del bancal 2. Este es el único sitio, hasta la fecha documentado, donde dicho muro de contención no cimenta directamente sobre el cajeamiento de la toba, apoyando la idea de la diacronía entre estos dos momentos históricos. Los entalles más pequeños del sector 22 y 32, con un desnivel de más de 25 cm., están orientados de *NE* a *SO* y acaban perdiéndose bajo el perfil *O.* El límite sur de este punto de extracción no llega a afectar a una estructura de sillares de toba descubierta en el sector 33 en la campaña de 1990. De esta manera se pudo confirmar el límite sureste de la *cantera histórica* que se puede situar, ya con más precisión, entre los siguientes sectores: 1, 2, 11, 12, 13, 22, 21, 23 y 32.

2.4.1. **Sector 40**

En este sector se terminaron de excavar dos cortes que habían quedado pendientes de finalización la campaña ante-

rior. No se ha llegado a precisar, en su totalidad, la planta de la estructura conocida, ya que ésta se pierde bajo el muro de otra casa situada en un cota superior.

Se puede observar, sin embargo, una habitación de planta interior cuadrangular con una alcoba lateral oriental. Su orientación es *N-S,* y no hay evidencias claras de su acceso, ya que los muros están muy arruinados o no existen. Los paramentos, a excepción del testero, aún por exhumar bajo el perfil *N,* son en su mayoría de mampuestos de basalto, aunque no están ausentes, concretamente en la hilada superior de los muros del ángulo *NE,* los sillares de toba. Donde mejor se ha conservado el alzado de los paramentos interiores ha sido en la dependencia lateral adosada a un *cajeamiento* del substrato, constituido aquí por un relleno de sedimento arcilloso y piroclastos procedentes de la propia toba degradada. En el flanco occidental del corte se ha sacado a la luz un paramento en dirección *N-SO,* totalmente arruinado y discontinuo, que, en su parte más septentrional, sigue el tiro del entalle tobáceo que marca el límite oeste de la estructura. Los muros del ángulo *SE* no se han conservado, posiblemente al encontrarse menos protegidos y haber sido afectados, en consecuencia, por los arrastres de niveles superiores.

El interior de la estructura aparece muy erosionado, y apenas se registra el nivel de ocupación inicial de la misma. En algunos sectores se observa un lecho de tierra algo más compacta, que alterna con zonas de combustión, donde se recogieron numerosos materiales arqueológicos fragmentados en posición secundaria. No parece que se esté ante un piso de ocupación bien individualizado. Este nivel se hallaba sellado por una acumulación de lajas de fonolita, acaso procedentes del derrumbe parcial de la posible cubierta de la habitación. Son significativos los costrones calcáreos visibles en la parte más meridional de la estructura, que parecen denunciar una exposición continuada a la intemperie de esta zona.

Finalmente, en el piso de toba, se observa un escarpe a modo de escalón, que describe un espacio rectangular, donde se localizan varias perforaciones intencionales (foto 10).

2.5. *Bancal 4*

2.5.5. **Sectores: 46 y 47**

En esta zona se excavaron dos pequeños testigos, todavía conservados entre varios de los cortes abiertos en campañas pasadas. Se abrió así una gran trinchera en sentido *O-E* que corre paralela a la antigua cimentación del muro del bancal 2.

Como ya se observó en años anteriores, en todos estos sectores se documenta un trabajo de explanación del substrato rocoso, como testimonian los restos de antiguas calicatas y líneas de entalles de pequeño tamaño, en las que todavía quedan huellas de las marcas de las herramientas con las que se intervino. El objeto último de este rebaje de la toba, que conecta con el que se puede apreciar en el propio techo de la *Cueva Pintada,* está relacionado con la propia construcción de los bancales agrícolas, y el incremento de la superficie útil de aterrazamiento.

2.5.1. **Sectores: 55, 56, 69 y 70**

En este área se han desmontado varios testigos con objeto de poner al descubierto la planta de una estructura en parte ya documentada durante la campaña de 1990.

En concreto la actuación se ha llevado a cabo en los siguientes cortes:

— Sector 55: Corte H, I, J-8, 9, 10.
Corte G-8, 9, 10.
— Sector 56: Corte A, B, C-8, 9, 10.
— Sector 69: Corte H, I, J-1, 2, 3.
Corte G-1, 2, 3.
— Sector 70: Corte A, B, C-1, 2, 3, 4.
Corte D, E, F, G, H, I, J-4, 5, 6, 7.

Esta fábrica habitacional se encuentra muy próxima al muro meridional de contención de este bancal, y dista dos metros escasos del flanco oeste del *complejo troglodita* que antecede a la

Cueva Pintada. Se trata de una construcción orientada en sentido *N-S,* con paramento interior de planta cruciforme, constituido por un aparejo mixto que incluye grandes rodados de basalto y sillares de toba perfectamente encuadrados, dispuestos siguiendo la técnica de piedra seca. En su interior, los muros de las dos alcobas laterales presentan, en algunas zonas, aplicaciones directas de pintura de rojo almagre. En la cara interna de uno de los sillares de toba almagrados que conforman la esquina *NE* de la estancia occidental, se encuentra tallada, de manera claramente intencional, una oquedad de forma circular, de unos 16 cm. de diámetro y una profundidad aproximada de 10 cm., en cuyo interior pudo ir embutido algún travesaño destinado a sustentar, con toda probabilidad, una estructura ligera de madera (camastro, repisa...).

El diseño de la planta se conserva casi completo, a excepción de la entrada y el corredor de acceso que acompaña sistemáticamente a otras estructuras cuadrangulares con alcobas laterales presentes en el yacimiento (foto 11). Esta ausencia podría estar en conexión con la construcción, a escasos dos metros de dicha habitación, del antiguo muro de contención del bancal 4. Del paramento del testero sólo ha llegado hasta el presente la línea de pequeños calzos de basalto sobre los que debió apoyar la hilada basal de dicha pared, afectada, sin duda, por las labores de explanación y construcción de bancales que se detectaron, a escasa distancia, al *N* y *O* de esta estructura. Hacia el suroeste la vivienda se encuentra limitada, al exterior, por una alineación, en dirección *NO-SE,* de piedras de basalto, posiblemente correspondientes a la hilada inferior del muro que constituiría el paramento externo que suele completar este tipo de construcciones.

El piso de ocupación que encierra esta estructura se caracteriza por un sedimento de tierra, muy consolidada por la acción del hombre, de potencia irregular, extendido en todo el interior de la misma a una cota superior a los calzos de cimentación de los muros, salvo en el testero *N,* donde la iguala. Sólo en las alcobas laterales, especialmente en la occidental, este suelo apareció parcialmente revestido por una fina capa, a modo de *pavimento,* formada por una mezcla de ceni-

za compactada y toba degradada (piroclastos) que a veces presenta trazas de almagre. Sobre este suelo no se localizaron vestigios arqueológicos en posición primaria, pero sí se han certificado numerosos fragmentos cerámicos indígenas, así como *tres pintaderas,* una de ellas casi completa, junto a restos de fauna y malacofauna.

En el área septentrional, la escasa potencia de dicho piso dejó al descubierto la roca soporte. Ésta presenta tres perforaciones de forma más o menos circular, que interpretamos como posibles agujeros destinados a sujetar los postes sobre los que descansaría la estructura aérea de la casa, y un entalle en dirección *NO-SE* que confluye, en ángulo recto, con otro en dirección *NE-SO.* En dicha esquina, la agrupación circular de unos rodados de basalto, podría considerarse como un hoyo más, análogo en función a los otros tres.

La búsqueda, en el resto de la estructura, del substrato tobáceo permitió la sorprendente aparición, sin precedente hasta ahora, de un lecho, constituido por piedras de basalto y algún sillar de toba que aumentan en tamaño de *N* y *S,* que se hallaba bajo el piso de ocupación. Formando parte de él, se recogieron algunos útiles líticos así como fragmentos de molinos y morteros. Este *empedrado,* que se distribuye por casi todo el interior de la planta, y que suponemos también se extiende a las dos alcobas laterales (éstas se dejaron como testigos del *pavimento*) presenta, en su parte central, un espacio circular de un metro de diámetro, desprovisto de piedras, relleno con un sedimento arcilloso y estéril de difícil interpretación (foto 12).

El intento de formular una posible explicación a este lecho de piedras, y al entalle realizado en la toba al que se hizo referencia anteriormente, llevó a efectuar un pequeño sondeo en el interior de la estructura, de 1 metro cuadrado, colindante con el lienzo oeste del muro de la cabecera. Bajo las piedras exhumadas apareció un sedimento granuloso, con material muy fragmentado, que a su vez se superponía a un piso de tierra batida, posiblemente correspondiente a un momento de ocupación anterior al relleno de piedras, sobre el que no se halló ningún resto arqueológico.

Excavadas en la toba sobre la que se extendía este suelo, se encontraron dos oquedades artificiales con piedras en su interior, que parecían corresponder a hoyos de poste. La existencia de estos agujeros y el hecho de que sobre parte de uno de ellos descansara uno de los muros de la habitación, permitían interpretar el entalle de la toba como un segmento de un *cajeamiento,* atribuible a otra posible estructura.

La ampliación de un corte en el límite occidental de la casa, dejó al descubierto otro entalle en dirección *NE-SO* que se unía en ángulo a otros dos en dirección *O-SE,* y que venía a confirmar la hipótesis anteriormente planteada. Efectivamente, bajo la estructura de muros de piedra seca existía otra, anterior cronológicamente, excavada en la toba, cuyo trazado, que se pierde bajo el *empedrado,* parece corresponder a una planta central con una alcoba abierta al oeste. Ésta presenta una orientación *NE-SO,* que no coincide con la de la planta de la casa que soporta, y un espacio habitacional de dimensiones más reducidas. En el interior de la alcoba lateral se documentó un piso, compuesto por una fina capa de tierra que recubre la toba, sobre el que se recuperaron pequeños fragmentos de cerámica indígena y de fauna, sin llegar a formar un claro nivel de ocupación. Bajo éste, el substrato tobáceo contenía tres perforaciones circulares, posiblemente también agujeros de poste, dos de las cuales podrían estar relacionadas con otras dos practicadas en la pared oriental, acaso relacionadas con la colocación de entablados.

Esta nueva estructura quizá explique la existencia del gran lecho de piedras como una solución al desnivel natural que presenta el substrato de norte a sur, sin duda acentuado tras su excavación. Esto justificaría la distribución de las piedras de menor a mayor tamaño según aumenta el desnivel hacia el sur.

Por último, cabe mencionar que al noroeste de ambas estructuras se descubrió un recorte realizado en la toba que se pierde bajo los perfiles norte y oeste, y que podría estar relacionado con actividades extractivas de cantería o con el acondicionamiento previo a la construcción de los muros de contención de los bancales agrícolas.

2.5.2. **Sectores: 72, 73 y 82**

En esta zona se desmontaron los siguientes testigos:
— Sector 82: Corte A/J-1/4.
— Sector 72, 73:Corte A/G-9/10.

Las estructuras excavadas, localizadas ya en campañas anteriores se sitúan inmediatamente al *E* del *complejo troglodita,* y conectan con el mismo a través de un corredor practicado en el substrato tobáceo. Se trata de un recinto de planta central, prácticamente arruinado, excavado en la toba que conserva, por un lado, parte de un muro aparejado con bolos de basalto, que debió formar parte del testero, y por otro, dos líneas de muros que parecen pertenecer al corredor de acceso de dicha estructura. Al oeste de estos muros, y conectando con ellos, apareció una zanja realizada en la toba, de diseño semicircular que contenía en su interior algunas perforaciones circulares. Dada su proximidad al muro de basalto, tal vez pudiera interpretarse como la base de un *paraviento* relacionado con la entrada a la casa. En el interior de la estructura se descubrió un pequeño nivel de tierra batida, que cubría parcialmente las irregularidades de la toba, sobre el que se recogieron pequeños fragmentos de cerámica indígena, restos óseos y malacofauna, en posición secundaria. Al *SE* se abren unos canales artificiales excavados en la toba, que comunican ya con los del sector 83. Estos muy bien podrían estar en relación con posibles desagües adosados a las partes superiores de las casas, o con zanjas en las que apoyaría la techumbre de estructuras situadas en cotas inferiores.

Una pequeña línea de bolos de basalto bien aparejados que se pierde bajo el perfil *N* del sector 83, recuerda las alineaciones de bancales históricos documentados en los cortes del Cierre Sur, muy próximos en distancia (Martín de Guzmán et al., 1992, pp. 183-189).

2.5.3. **Sectores: 83 y 84**

Ya en los trabajos de excavación del Cierre Sur en el año 1990 se identificaron, entre los cortes 7 y 8, varias lineas de

muros que no pudieron relacionarse con ninguna estructura próxima. Por ello, se decidió ampliar la zona excavada desmontando varios testigos, en concreto los cortes siguientes:

— Sector 83: Corte H, I, J-1/8.
— Sector 84: Corte A/E-4/9.

La nueva estructura habitacional, de planta cuadrangular con dos alcobas laterales, está formada por paramentos mixtos, dispuestos a seco, de rodados de basalto y sillares de toba bien escuadrados en ambas alcobas este y oeste, y totalmente aparejados con mampuestos de basalto en la cabecera. En la alcoba oriental se han perdido varias hiladas restando, de este alzado, tan sólo el *cajeamiento* artificial de la toba. Algunas de las piedras que conforman el paramento de la alcoba oeste conservan restos de un enjalbegado de rojo almagre. Parte de esta estructura, en concreto el acceso, ha quedado afectada por la construcción de lo que se interpretó como un antiguo muro de bancal agrícola documentado ya en la campaña de 1990 (Martín de Guzmán et al., 1992, pp. 184-187). Un tramo del tiro de este muro, con dirección *E-O*, apoya presumiblemente sobre lo que serían los paramentos meridionales de la casa y el corredor de acceso. Los muros se encuentran en parte adosados al cajeamiento del substrato rocoso; sin embargo, el frontal no coincide exactamente con la orientación de esta *caja* labrada en la toba. Queda de esta manera un espacio entre el muro y el entalle de la toba que es ocupado por un relleno de piedras de mediano tamaño y tierra, así como por una alineación de bolos de basalto que podemos interpretar como un paramento exterior semicircular. Por todo ello, y a pesar de no estar totalmente documentada la parte meridional, puede apreciarse su clara orientación *N-S*, en consonancia, aunque con alguna ligera variación, con las demás viviendas del Cierre Sur. Hay que destacar, sin embargo, en cuanto a su posición dentro de la trama del yacimiento, que esta casa se encuentra en una cota muy superior (unos 70 cm.), sobre la estructura próxima de los cortes 7 y 8 excavada en la campaña de 1990 (Martín de Guzmán et al., 1992, pp. 187-188). La cercanía de estas dos habitaciones es tal que los paramentos de ambas pudieron estar en su momento unidos, formando una especie de *viviendas adosadas*.

Aunque no se culminó la excavación de esta casa, resaltan los episodios de arruinamiento y arrastre caracterizados por la presencia de grandes piedras de basalto (foto 13). Entre estas piedras quedó atrapada, en el interior de la vivienda, una gran cantidad de material arqueológico, de muy diverso origen y de diferentes asignaciones culturales, entre el que destacan los fragmentos de *cerámicas a torno* (algunas de ellas *vidriadas*), y las cerámicas modeladas, así como *metal, monedas* y elementos de adorno en *vidrio.* Todos estos objetos y las propias piedras de basalto proceden, en su mayoría y con toda seguridad, de arrastres cuyo origen ha de situarse en cotas más altas del propio yacimiento. No se pudo concluir de excavar esta estructura, pero sí se identificó parte del piso de toba, sobre el cual se siguen recolectando *cerámicas a torno junto a cerámicas indígenas.*

2.5.4. **Sectores: 92 y 93**

Con objeto de completar la documentación arqueológica de la estructura parcialmente exhumada entre los cortes 12 y 13 del denominado Cierre Sur, se amplió esta zona hacia el norte, desmontando dos nuevos testigos que comprenden las cuadrículas siguientes:

— Sector 92: Corte H, I, J-1, 2, 3, 4.

— Sector 93: Corte A, B, C, D, E-1, 2, 3, 4.

Se descubre ahora la planta completa de la estructura de la que sólo se conocía su mitad meridional. Se trata de otra nueva casa cuadrangular con dos alcobas laterales, excavada en el substrato tobáceo y revestida parcialmente por muros dispuestos a seco donde alternan los mampuestos de basalto junto a los sillares de toba (foto 14). Su orientación es *NO-SE,* con un corredor que se abre al sur.

En cuanto al alzado de los paramentos, éstos han sufrido derrumbes y arrastres procedentes de niveles superiores. A pesar de que el recorte norte de la toba es elevado y podría haber protegido los muros originalmente existentes, solamente han llegado hasta el presente las hiladas inferiores y, en al-

gunos casos, únicamente la alineación basal. En el interior de la *habitación* han aparecido numerosos cantos de basalto y sillares de toba enjalbegados de pintura roja, así como abundantes guijarros rodados, pequeños núcleos de basalto y lascas de fonolita, en su mayoría pintados, utilizados como calzos, y, posiblemente, provenientes del desplome de los propios paramentos de la estructura. Las alcobas laterales, sin embargo, sólo conservan los muros *N* y *S*, mientras que sus paredes *E* y la *O* aparecen conformados por el propio recorte tobáceo. Se confirma, como en otras estructuras del asentamiento *prehispánico*, el enjalbegado de almagre en estas dependencias.

Todos estos episodios de arrastre y derrumbe sellaban un piso de ocupación individualizado en la mitad occidental del interior de la casa y constituido por un lecho de tierra batida, en parte compactada y rubefactada por la acción del hombre. Sobre este suelo se recuperó abundante material arqueológico en posición secundaria, entre el que destacan al menos dos recipientes cerámicos fracturados *in situ*, y se documentó una mancha de ceniza, probablemente de un vaciado de hogar.

El soporte rocoso ha sido explanado artificialmente. En dicho substrato han sido excavados, intencionalmente, una serie de hoyos circulares que interpretamos como agujeros de poste, algunos de los cuales conservan todavía los calzos de piedra. Como dato importante, hay que destacar que una de estas oquedades aparece sellada por la hilada basal del testero *N*. Ésta se había rellenado con tierra y encima se colocaron dos lajas de fonolita que calzaban las primeras piedras del muro. Por tanto, parece fuera de toda duda que la estructura de paramentos de piedra seca se superpone a otra excavada en la propia roca soporte. El cajeamiento de la toba no se ejecutó específicamente para adosar a él los paramentos de piedra, sino que se reocupó un espacio habitacional ya existente. De ahí que las orientaciones de los muros y de los entalles no coincidan totalmente. La ocupación diacrónica de ambas estructuras semeja, pues, evidente.

3. El registro estratigráfico

En líneas generales, los conjuntos estratigráficos documentados en los nuevos sectores excavados, siguen, a excepción de pequeñas variaciones observadas en el interior de algunas estructuras, la sucesión ya identificada desde las primeras campañas. Esta diferencia es más significativa en los dos nuevos bancales estudiados. En efecto, en los bancales 0 y 01, en el estrato I, los niveles 1 y 2 tienen mayor espesor del habitual (fig. 1), más de 60 cm. (en estas huertas había numerosos árboles frutales), y el nivel 4 del mismo estrato solamente aparece en el interior de las dos estructuras de ocupación. Aquí, tanto su potencia como los materiales arqueológicos asociados son también singulares. Otra característica digna de destacar, es que no aparece tanta malacofauna y abunda más la cerámica a torno lisa y vidriada. Se pasa ahora a describir, brevemente, estos depósitos arqueológicos a partir de su agrupación en conjuntos estratigráficos, razonadamente definidos en anteriores trabajos.

Conjunto estratigráfico 1

Éste se corresponde con el relleno artificial de los bancales agrícolas, que recubren las estructuras arqueológicas excavadas. Se han identificado los siguientes depósitos:

1. **Estrato I**

• *Nivel 1.*—De color marrón R70 [1]. Está constituido por tierra vegetal y abundante materia orgánica, producto del propio cultivo de plataneras. El material arqueológico recuperado tiene una atribución cronológica reciente.

• *Nivel 2.*—De color marrón rojo claro N55. Nivel de lapilli volcánico («picón»), localmente muy utilizado en las explotaciones agrícolas por sus propiedades higroreguladoras.

[1] Para determinar la coloración de los sedimentos, se ha utilizado el código de colores de suelos de A. Cailleux.

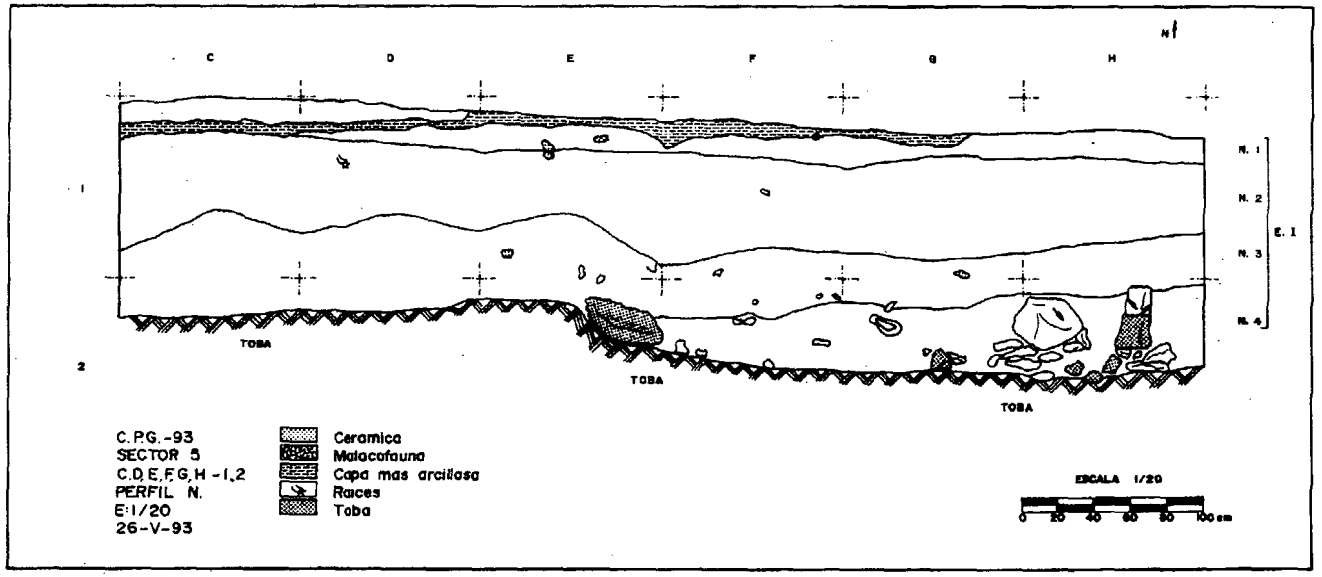

C
D
E
F
G
H
N
1
2
N. 1
N. 2
N. 3
N. 4
E. 1
TOBA
TOBA
TOBA
C.P.G.-93
SECTOR 5
C.D.E.F.G.H - 1.2
PERFIL N.
E:1/20
26-V-93
Ceramica
Malacofauna
Capa mas arcillosa
Raices
Toba
ESCALA 1/20
0 20 40 60 80 100 cm

FIGURA 1

• *Nivel 3.*—Sedimento de color gris rosa N70. Se trata de un importante paquete de relleno artificial destinado a colmatar el bancal. En él se recoge abundante material arqueológico sin contexto alguno, entre el que destacan las cerámicas indígenas pintadas. Sin duda, parte de esta sedimentación proviene de la destrucción de yacimientos arqueológicos próximos, cuando no del lavado y acarreo de sedimentos procedentes de la propia ocupación prehispánica de Gáldar.

• *Nivel 3b.*—Se trata de un relleno de lapilli y cascajo de diversos tamaños, que suele estar relacionado con la construcción de los muros de los bancales agrícolas y con las zonas donde se localizan las canteras. Su composición es diferente, dependiendo del lugar donde se encuentre. En las zonas de cantera, el relleno tiene una mayor cantidad de fragmentos de toba degradada, dando la impresión de que las propias escombreras de la cantera fueron utilizadas para rellenarla, una vez abandonada la explotación. No obstante, en los lugares próximos a los bancales, predominan los bolos de basalto mezclados con grava y picón.

El material que se recoge en este nivel está muy fragmentado y rodado. En su mayoría es moderno, abundando, sobre todo, la cerámica de tradición popular, restos de tejas, fragmentos de vidrio y numerosas piezas metálicas.

Conjunto estratigráfico 2

Se corresponde con las etapas de abandono y erosión de los suelos del asentamiento. En el mismo, sin embargo, se ha podido distinguir una serie sucesiva de niveles que certifican este *hiatus* en la ocupación del yacimiento. Este paquete sedimentario se inicia con los lechos que se identificaron como nivel 4 y nivel 4b del estrato I. Los niveles numerados como 1 y 2 del estrato II, cierran esta fase intermedia que separa dos momentos claramente diferentes (prehispánico *lato sensu* y subactual) del funcionamiento del sitio.

1. **Estrato I**

• *Nivel 4.*—Se trata de un nivel de color rosa M49, profundamente removido, que aparece localizado en zo-

nas muy concretas, reposando sobre las estructuras arqueológicas, y cuya base constituye el límite superior de los derrumbes de los muros de las mismas. Aquí se han recuperado grandes cantidades de material de diversas características y épocas, muy fragmentado, rodado y sin un contexto concreto.

• *Nivel 4b.*—Documentado en el sector 17, donde se identificó un sedimento de tierra suelta que contiene gran cantidad de restos de mortero de cal, fragmentos de tejas y adobes.

2. Estrato II

Este paquete se relaciona con los niveles originados en distintos momentos de fosilización y derrumbe que rellenan las estructuras arqueológicas.

• *Nivel 1.*—Tierra de color gris rosa M53. Se trata de un nivel muy alterado, producto de los últimos derrumbes que sufrieron las estructuras, así como de la caída de materiales arrastrados desde recintos habitacionales procedentes de cotas superiores del yacimiento.

• *Nivel 2.*—En las viviendas de los sectores 15-16-25-26; 40; y 83-84, está compuesto por una tierra de color gris rosa M53. Se trata, en realidad, de un episodio más de arrastre/derrumbe. La única diferencia que aporta es la presencia de un menor número de piedras, ya que en cuanto al material arqueológico que se recoge, y a la composición del sedimento, las diferencias son mínimas.

Conjunto estratigráfico 3

Este conjunto contiene algunas de las facies del nivel 2 y la totalidad de los lechos numerados como nivel 3 y nivel 4 del estrato II, y expresa la plenitud arqueológica con pisos de ocupación, tanto de fases prehispánicas, *estricto sensu,* como del momento del contacto y repoblación histórica del asentamiento. Su secuencia cronológica va, en cifras globales corregidas, desde el siglo v al siglo xv.

1. Estrato II

• *Nivel 2.*—Sedimento de color marrón rojo claro N50, que en las estructuras de los sectores 34-35; 55-56-69-70;

y 92-93, se corresponde ya con el piso de ocupación, presentándose en ocasiones este pavimento, bien con un tono ceniciento, bien con un color rojo almagre.

• *Nivel 3.*—Se documentó en las habitaciones de los sectores 15-16-25-26 identificándose con un sedimento de color marrón rojo claro N50 que debió servir para regularizar el substrato rocoso. Se trata del piso de ocupación de la estructura, muy compacto, que conserva parcialmente evidencias de batido, presentando, en algunos lugares, un revoco de rojo almagre y, en otros, restos de cenizas de tono muy pálido relacionadas con áreas de combustión. En el sector 7 se corresponde con una tierra de color claro que contiene dos manchas de ceniza.

En las restantes estructuras se identifica con el relleno de los agujeros de poste de color marrón P69.

• *Nivel 4.*—Sedimento de color marrón P69. Se asimiló con el relleno de los hoyos de poste del complejo habitacional de los sectores 15-16-25-26.

Excepcionalmente, en la estructura del sector 7, aparece una capa de tierra anaranjada situada entre las manchas de ceniza del nivel anterior y el substrato rocoso que podría interpretarse como un primer momento de ocupación, o como un relleno que sirviera de base al nivel 3.

Substrato rocoso

Conformado por toba volcánica, bastante alterada y explanada de forma artificial que soporta diversas perforaciones, que se han interpretado como agujeros de poste. Un hoyo más grande del sector 7 pudo servir, sin embargo, de estructura de almacenamiento.

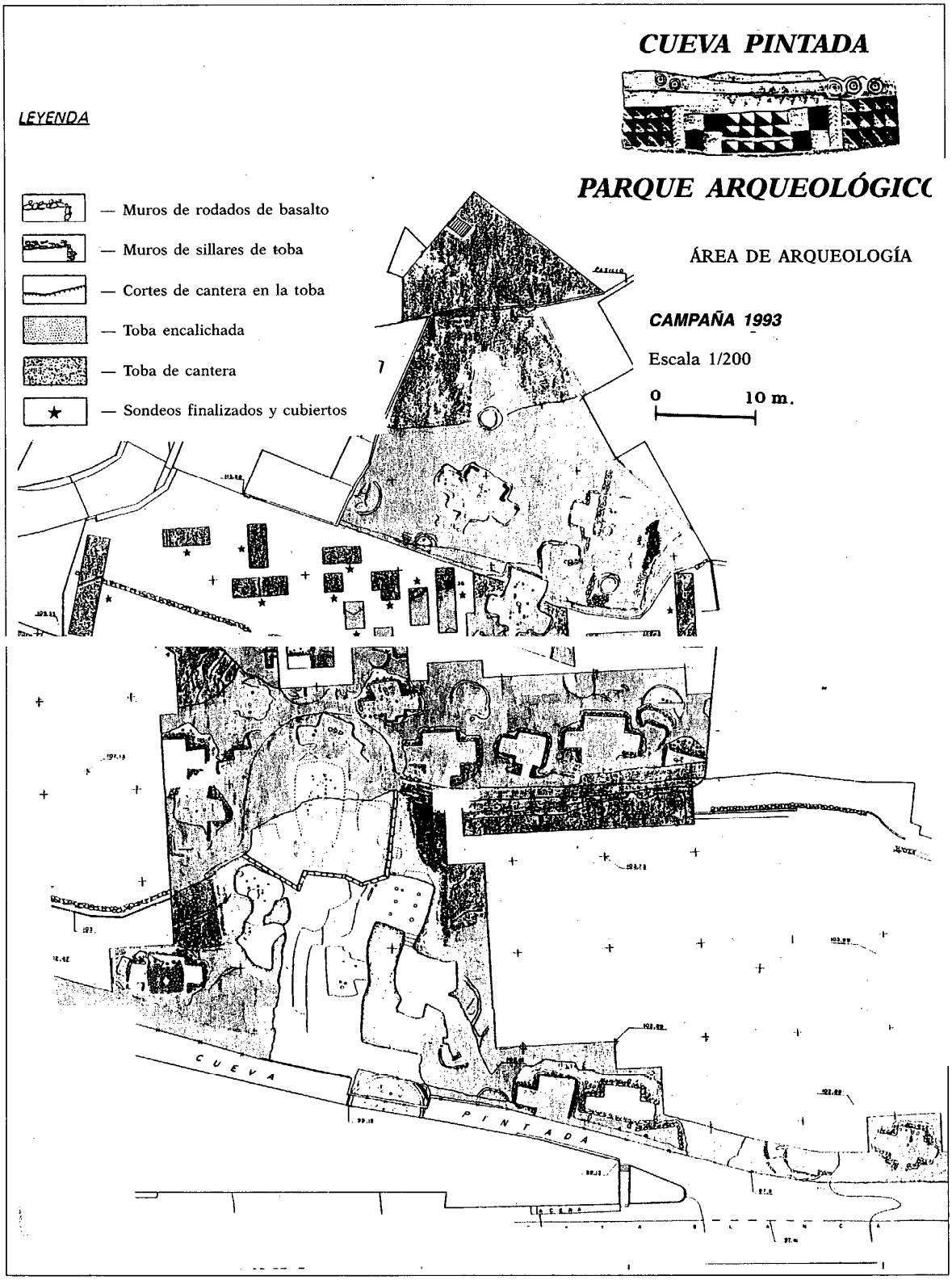
4. Resultados

Del conjunto de las excavaciones realizadas se pueden extraer algunas conclusiones que confirman, en su mayoría, las hipótesis ya adelantadas en anteriores campañas de investigación pero que, por otro lado, aportan nuevas ideas y matizan propuestas ya planteadas en orden a la compresión del asentamiento arqueológico en esta parte de la colina de Gáldar.

1. En primer lugar, se puede afirmar que la ocupación del área norte del yacimiento parece mucho menos intensa que la correspondiente a los bancales principales en torno a la propia Cueva Pintada y Cierre Sur (plano 2), documentándose tan sólo dos nuevos espacios de habitación. Aunque se puede aducir que, en los bancales 0 y 01 el substrato rocoso está más alto, y las actividades relacionadas con la construcción de huertas agrícolas han podido borrar las huellas de esta ocupación, lo cierto es que, en las zonas donde la toba está intacta, no quedan tampoco restos de ningún tipo de estructura arqueológica.

2. Con los nuevos datos sacados a la luz, se certifica que el yacimiento ha soportado varias ocupaciones humanas con asentamientos, histórica y culturalmente diferentes, que se escalonan desde mediados del primer milenio de la era hasta la actualidad. En este ámbito destaca sobre todo la convivencia, dentro de los mismos pisos de ocupación (por ejemplo de la estructura del sector 7), de cerámicas a torno, modeladas y de elementos del mundo indígena grancanario que dibujan los grandes ejes que vertebran toda una interesante *arqueología de contacto.*

3. En cuanto al tipo constructivo de las viviendas, se observa claramente lo siguiente. Primero, hay una serie de viviendas construidas bien con mampuestos de basalto o sillares de toba, que en el sector del flanco superior de la ladera de la colina invaden, ocupan o se superponen parcialmente a otras más antiguas estructuras excavadas en la roca, de las cuales no se conserva ningún tipo de paramento, sino las huellas de la cimentación. Segundo, estas dependencias más antiguas ofrecen una orientación claramente diferente a las otras viviendas de muros de basaltos y sillares de toba, cuya construcción, lógicamente, debe ser posterior, pudiéndose postular el reaprovechamiento de los materiales arrasados de las viviendas más antiguas. La composición de los muros sigue siendo muy variable, predominando cada vez más el *opus* mixto, donde se alternan y complementan los bolos de basalto y los si-


CUEVA PINTADA
LEYENDA
— Muros de rodados de basalto
— Muros de sillares de toba
— Cortes de cantera en la toba
— Toba encalichada
— Toba de cantera
— Sondeos finalizados y cubiertos
PARQUE ARQUEOLÓGICC
ÁREA DE ARQUEOLOGÍA
CAMPAÑA 1993
Escala 1/200
0 10 m.
CUEVA PINTADA

PLANO 2

llares de toba. En algunos casos, los paramentos de varias estructuras han sido objeto de pequeñas reformas y reconstrucciones, verosímilmente originadas por la propia fatiga de los materiales.

4. Dentro de la gran variedad de objetos arqueológicos recuperados, son cada vez más frecuentes los *elementos metálicos* que se presentan constituyendo una muy diversa panoplia de instrumentos. Lo mismo puede decirse de las series *cerámicas a torno* (blanca y naranja) que abren un nuevo capítulo en el marco de los intercambios culturales, en particular en la Baja Edad Media (Prehispánico).

5. La denominada *cantera histórica,* se sitúa en la esquina *N-O* del yacimiento ocupando los sectores 1, 2, 11, 12, 13, 21, 22, 23 y 32, y su origen, que quizá pudiera remontarse a extracciones propiamente indígenas (prehispánicas e indígenas medievales), denuncia una evidente conexión con el acondicionamiento de las explotaciones agrícolas que se reactivan a mediados del siglo XIX. Ofrece, además, toda una amplia gama de huellas de herramientas cuyo estudio habría que abordar con más detalle. Estos trabajos habría que diferenciarlos de otros que explanan la toba, en un intento de ganar superficie útil de aterrazamiento, practicando grandes cortes en sentido O-E sobre los que apoyan las cimentaciones de los bancales agrícolas.

II. TRABAJOS COMPLEMENTARIOS

1. Área de arqueología

1.1. *Registro y tratamiento automático de la documentación*

Paralelamente a los trabajos de campo se realizaron tareas complementarias de laboratorio, consistentes en documentar los materiales exhumados mediante su clasificación e inventariado.

Con el fin de garantizar una buena gestión de toda la documentación arqueológica procesada hasta el momento, se ha continuado con las tareas, comenzadas en 1992, en orden a la informatización y tratamiento automático del inventario general de materiales. El registro se ha visto considerablemente ampliado y comprende la introducción de todos los datos referentes a los sectores 4, 15, 25, 26, 35, 36, 37 y Cierre Sur corte 0, excavados hasta la presente campaña. En total, el volumen de números de inventario registrados es de 8.973. Además, se han creado cuatro bases de datos independientes para el tratamiento individualizado de las pintaderas, los ídolos, los planos del yacimiento y la situación de las cajas de materiales de cada campaña dentro de los almacenes.

Simultáneamente, se han diseñado cuatro modelos de fichas: dos para el estudio de las piezas líticas (por un lado útiles, y por otro restos de talla), la tercera para el levantamiento de los materiales encontrados en el interior de las estructuras arqueológicas, y la cuarta para el estudio de recipientes cerámicos.

La necesidad de un mejor equipo informático se ha visto resuelta respetando el tipo de base de datos, de carácter limitado, y el diseño creado en un principio, que aún encaja con las necesidades que actualmente demanda el yacimiento. No obstante, la rigidez de estructura que presenta un programa informático como el utilizado limita el rendimiento absoluto. La elección, entre los paquetes comercializados en el mercado informático, de uno que se adecúe correctamente a los métodos de investigación arqueológica, y que con el tiempo pueda ser depurado y perfeccionado en sus funcionalidades, es quizá el paso más difícil en la constitución de un sistema automatizado de información arqueológica. En este caso, la elección vino determinada por razones presupuestarias. Sin embargo, este mismo programa con ciertas modificaciones, u otro adaptado al volumen de información que constantemente genera una excavación, que permitiera la introducción y la conexión automática entre distintos datos de tipo gráfico (como planos de dispersión de los materiales, dibujos de estructuras y restos, fotografías, etc.) y los de piezas concretas, facilitaría una gestión mu-

cho más rápida, flexible, completa y en línea con la actividad investigadora que se sigue en ésta y otras excavaciones. La interacción de las distintas disciplinas que abarca esta investigación en un mismo programa, daría unos resultados sorprendentes, acordes con la magnitud y relevancia, desde el punto de vista arqueológico, que posee este yacimiento.

Por otro lado, la idea de crear una red a nivel multi-usuario que permita a varias personas acceder simultáneamente al registro o búsqueda de datos, no es nada despreciable si se tiene en cuenta la importancia de este proyecto a largo plazo que es el Parque Arqueológico Cueva Pintada. Al fin y al cabo, garantizar la comunicación de los datos de una intervención arqueológica, debe ser básico, tanto para el responsable de la operación como para las autoridades encargadas de su gestión.

1.2. *Estudios de ictiofauna*

Los abundantes restos de fauna marina, en particular de peces, está siendo objeto, desde las campañas anteriores, de un estudio de investigación realizado por la Dra. Carmen Gloria Rodríguez Santana. Para este trabajo se utilizaron tres cribas con mallas de distintos tamaños, de 0,5 mm., de 2,5 mm. y de 5 mm., lo que ha permitido la incorporación al panorama íctico grancanario, de especies importantes, tanto desde un punto de vista cuantitativo como cualitativo. Se han estudiado 1.005 restos de peces, procedentes del cribado del sedimento de la casa de sillares del sector 36 y de la estructura de bolos de basalto del sector 37. Las familias presentes en este conjunto de restos son:

Muraenidae, Clupeidae, Serranidae, Engraulidae, Sparidae, Labridae, Scaridae, Bleniidae y Scombridae.

Hay que destacar la presencia del género *Clupeidae* (sardinas), que aporta nuevos datos a la hora de analizar la importancia de los recursos pesqueros dentro de la dieta de los habitantes de la isla, y las estrategias de pesca puestas en práctica para su explotación. Todos los indicios apuntan a establecer la exis-

tencia de unos hábitos alimentarios relacionados con el bioma del litoral norte de la isla, así como con unas actividades de captura y pesca de especies seleccionadas según ritmos estacionales. La arqueología apoya esta tesis al certificar la presencia de anzuelos y elementos propios de las artes de pesca documentados en el mundo prehispánico. Por otra parte, la masiva presencia de patellas y otras especies de malacofauna local, en diversos estratos del yacimiento, que pertenecen a episodios tanto de arrastre como de ocupación del sitio, vuelve a reforzar los argumentos en favor de una dieta alimentaria con una decisiva presencia de proteínas de origen marino.

1.3. *Estudios de microfauna*

La visita, en 1993, de los profesores Dra. Nieves López-Martínez, de la Universidad Complutense de Madrid, y del Dr. Jacques Micheaux, sirvió para corroborar la abundancia de restos de microfauna e ictiofauna, localizados en tres puntos seleccionados del yacimiento, a saber:

— Sector 26. Corte A/H-1/9, interior de estructura prehispánica:
  - Un hueso del pie (primera falange) de un posible *Canariomys*.
  - Tres restos de ratón (*Mus musculus*).
  - Erizos de mar (*¿Diadema?*), púas y placas.
— Sector 26. Corte A/H-1/9; Nivel 3, Perfil E:
  - Restos de conejos (*Oryetolagus cuniculus*).
  - Un resto único de rata (*Rattus sp.*).
  - Varios restos de peces.
— Cierre Sur. Terreras y derrubios aislados con pequeños montones de microfauna:
  - Restos de ratón (*Mus musculus*).
  - Lagartos (*Gallotia sp.*) grandes y pequeños *Gekkos* (*Tarentola sp.*), perenquén.
  - Piezas de erizos de mar (*¿Diadema?*).

1.4. *Documentación gráfica*

Los planos de las plantas y perfiles, así como los dibujos de las piezas cerámicas y otros materiales arqueológicos, fueron objeto de una selección, en virtud de aquellos elementos, instrumentos y objetos más relevantes y denotativos. En función de esta categorización, se procedió a dibujar el *corpus* de pintaderas e ídolos, con un registro de piezas para los sellos de arcilla que alcanza las 146, y para los ídolos los 121. Recipientes cerámicos, metales, soportes óseos, líticos, vítreos, etc., conforman el repertorio ergológico descubierto y que se documentó de acuerdo a los códigos de dibujo arqueológico. Vicente Mendoza Saavedra y José Luis Hernández Hanna, bajo la dirección del Área de Arqueología, realizaron la mayor parte de los trabajos correspondientes a esta campaña de 1993.

Se dispone, por otro lado, de un sistemático registro fotográfico de todos y cada uno de los momentos y procesos de la excavación, donde, en orden secuencial y diacrónico, se han documentado los detalles concernientes al orden y criterios empleados en las tareas de exhumación y levantamiento de los sucesivos niveles y pisos de ocupación de los distintos módulos habitacionales. Esta misma información fotográfica se extiende a otras intervenciones como el proceso constructivo de la muralla del Cierre Sur o la extracción controlada de la exedra, o dique de hormigón que atenazaba el perímetro del complejo troglodita. Por otra parte, las piezas sometidas a restauración han sido igualmente fotografiadas con sus correspondientes protocolos de intervención y resultados obtenidos.

1.5. *Gabinete Pedagógico*

Durante 1993 funcionó, con carácter experimental pero con unos resultados sorprendentes, una unidad didáctica, dirigida desde el propio Parque Arqueológico y coordinada por los licenciados don Pedro Albarracín Durán y doña Josefa López

Ojeda. Las propias restricciones impuestas por las excavaciones arqueológicas y los controles microclimáticos del interior de la Cueva Pintada, impidieron la realización de visitas al Parque. Sin embargo, esta ausencia se vio compensada con la apertura y acondicionamiento de la Zona Arqueológica de Costa de Gáldar (Agujero, La Guancha), con el apoyo de la Dirección General de Patrimonio Histórico, que la abrió al público y editó una guía didáctica. La masiva respuesta popular, en particular las visitas guiadas de escolares, estudiantes, grupos organizados, tercera edad, colectivos sociales y culturales, asociaciones de vecinos, etc., dieron unos resultados que han sido objeto de un estudio pormenorizado por grupos de edad, procedencia, horarios, etc. Varios miles de visitantes pudieron disfrutar de las explicaciones hechas en el propio yacimiento por los arqueólogos y pedagogos, entonces adscritos al Parque Arqueológico Cueva Pintada. Esta positiva experiencia, interrumpida por falta de previsión presupuestaria, a pesar de ser un hecho único y primero en toda la Comunidad Autónoma de Canarias, tuvo una gran repercusión social, cultural y educativa.

2. Área de restauración

En coordinación con el Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, la restauradora doña Fátima Ripoll dio por concluidos sus trabajos en febrero de 1993, trabajos realizados en los propios laboratorios del Parque a lo largo de 1992. Entre las piezas más destacadas, y que en su momento pasarán a las salas del proyectado *Antiquarium,* hay que consignar una serie de monedas tardomedievales descubiertas, en distintos puntos del yacimiento, en relación directa con los contactos de los indígenas canarios con los primeros europeos. Igual novedad representan varios instrumentos de metal, en particular hierro y cobre, como lo son algunos cuchillos, clavos, placas y recortes metálicos que vienen a sumarse a la espada de hierro, descubierta en el interior de una vivienda prehispánica en asociación a cerámicas de importa-

ción, denominadas *serie de pasta blanca.* Recipientes cerámicos indígenas, ídolos, pintaderas y otras piezas arqueológicas sobre soportes óseos, fueron convenientemente tratadas en el laboratorio para su correcta conservación, y dispuestas ya para formar parte de las colecciones que se custodian e investigan en el propio Centro.

En relación con el seguimiento de los índices microclimáticos de la *Cueva Pintada,* los trabajos y procedimientos de control que dirige el profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, Dr. Felipe Fernández, desde que se instalaron las sondas automatizadas, permite disponer de un exacto y puntual registro cronometrado de la temperatura y humedad, no sólo del espacio interior del recinto con pinturas, sino de una serie de puntos críticos de la roca soporte. Los datos obtenidos son periódicamente analizados pudiéndose advertir que las condiciones actuales que concurren en el interior de la cámara decorada se han estabilizado en unos niveles aceptables de temperatura y humedad relativa, pudiéndose asegurar que el deterioro de los pigmentos y la velocidad de desprendimiento de las partículas de toba volcánica se han reducido considerablemente. Los cómputos obtenidos durante 1992 y 1993 llevan a la conclusión de que fueron oportunas las intervenciones realizadas con anterioridad. En primer lugar, liquidar los focos responsables de las patologías exógenas, como lo eran las filtraciones de las aguas y abonos corrosivos procedentes del riego a manta de las fincas de plataneras situadas en las cotas superiores de la *Cueva.* En igual sentido, la anulación y canalización de los pozos negros y desagües de las viviendas colindantes al Parque Arqueológico, que drenaban directamente sobre el suelo sin red de alcantarillado. El desmonte de los bancales agrícolas por exigencias de la excavación, y la recuperación de los suelos geológicos e históricos, más o menos originales, ha servido para reconducir parte de los problemas heredados por la alteración agrícola del asentamiento. Consecuencias derivadas, principalmente, de la intensificación de la explotación del suelo hacia mediados del siglo XIX, con rebancalizaciones posteriores que van desde el cultivo de cereales y frutos ordinarios hasta la más reciente, ya en el siglo XX, in-

troducción de la platanera. Este último cultivo, por sus exigencias hídricas, es el que más negativamente incidió en el proceso degenerativo de los pigmentos.

Todos estos *items* microclimáticos en relación con las pinturas y la roca soporte, han sido estimados, en distintas visitas al yacimiento, por especialistas adscritos al Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales o al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Las primeras valoraciones del Dr. Manuel Hoyos, investigador del Museo Nacional de Ciencias Naturales, han precisado la existencia de paleocanales y antiguas escorrentías en el piso del asentamiento, relacionadas con los distintos episodios climáticos y geológicos, estos últimos generados con las pautas erosivas y eruptivas del Volcán de Gáldar. El estudio de la composición de los almagres, de los costrones encalichados, así como de los revocos del interior de algunas casas, ya ha sido realizado en laboratorios, propocionando una serie de nuevas perspectivas que ayudan a un mejor entendimiento de las problemáticas interconectadas de este Proyecto multidisciplinar.

En función de estos datos, precisados y calibrados entre elaño 1992 y 1993, se pudo disponer de los parámetros necesarios para acometer el proyecto arquitectónico del espacio Cueva Pintada, y del denominado complejo troglodita. La Dirección del Proyecto y el propio I.C.R.B.C. evaluaron el estado de la cuestión, disponiendo de un registro que se remonta a 1987, y decidieron encargar el proyecto arquitectónico a D. Javier Feduchi, según acuerdo unánime de la Comisión de Seguimiento, previa la prsentación de una terna de prestigiosos arquitectos españoles. En consecuencia, se abrió un nuevo frente disciplinar, cuyo objetivo último es la puesta en uso cultural de este recinto arqueológico, a partir de un riguroso control escénico, científico y didáctico, preservando el principal capital que es el propio patrimonio arqueológico del Parque.

3. Área de arquitectura

Encargado el proyecto arquitectónico, a lo largo del año 1993, sobrevinieron nuevas situaciones topográficas derivadas de las propias investigaciones, con particular incidencia de los hallazgos del sector *E* del bancal 01, donde la sorprendente existencia de un episodio de transición cultural (estructuras prehispánicas y castellanas en relación con la repoblación del siglo XV y XVI), obligaron a corregir el impacto de este área de las instalaciones del *Antiquarium.* Esta perfecta sintonía entre arquitectura y arqueología, y la filosofía de que se trata de un proyecto abierto, ha sido una experiencia creativa sorprendente, donde tanto el arqueólogo como el arquitecto, a pie de excavación, han tenido que resolver conjuntamente cuestiones no definidas desde un principio. Indudablemente estas circunstancias son las responsables del ritmo de la redacción del proyecto, sujeto en todo momento a las exigencias impuestas desde la prioridad del hecho supremo que es el hallazgo arqueológico, su correcta preservación e incorporación al circuito museográfico, *in situ,* sin ningún tipo de alteración o adulteración. Con fortuna, y en un debate permanente, analítico y crítico, el propio programa museístico y, en definitiva, la reconversión del yacimiento en Parque Arqueológico visitable, ha servido de *vademecum,* más bien orientativo que impositivo, para solucionar y redefinir cada uno de los cuestionarios que se abren al investigador y al arquitecto, según se avanzaba en el programa de excavaciones. En cualquiera de las opciones, la conclusión de esta primera etapa de la última fase de excavaciones inicialmente prevista sirvió para despejar aún más el espacio y escenario donde, a partir de entonces, la proyectística arquitectónica tomaba la palabra (cf. Martín de Guzmán et al., 1993, pp. 23-43).

Otra de las intervenciones de envergadura que continuaron paralelamente a las excavaciones, fue el cierre sur del yacimiento, iniciado en 1991. En efecto, se acometieron dos tramos importantes de la muralla, de acuerdo con el proyecto de los arquitectos D. Ángel Melián y D. Miguel Saavedra. El primero de los tramos, de 35 metros, hacia la carretera general

(calle Bajada de las Guayarminas), sirvió para rematar aquel flanco (foto 15). En él se dispone un friso mural en cantería azul de Arucas, con el anagrama de la Cueva Pintada. La cimentación de la muralla en este sector, por respeto a las estructuras arqueológicas descubiertas en su línea, obligó a recuperar el frente del rebaje de la toba y situar el trazado del muro en la parte baja del cajeamiento antiguo, con lo cual se ocupó parte del arcén, con previa autorización del Servicio de Carreteras de Obras Públicas. Esta operación garantizó la conservación de los vestigios arqueológicos y la solución del trazado sin incidir en ninguna de las viviendas prehispánicas que se sucedían, en la práctica, bajo el viejo muro del abancalamiento. En este mismo cerramiento sur se logró ejecutar el sector *SO* que se corresponde con el ángulo de la muralla situado en las calles Cueva Pintada y Bentejuí, adyacente a los almacenes y laboratorios de arqueología del yacimiento (foto 16). Esta parte de la muralla, de 43 metros, dispone de una escalera de bajada e inicio de un túnel con portada, que en su día, previa la ocupación de las fincas anexas, y perforando la toba volcánica, comunicará a través de un pasadizo subterráneo el Parque Arqueológico con su ámbito natural más próximo. Esta operación, recogida en el Plan Especial, permitirá una circulación complementaria y una visita hasta las Huertas del Rey y los ámbitos arqueológicos contiguos, como lo son las Cuevas de Facaracas, lo que repercutirá positivamente en la ampliación del espacio natural abierto hacia el Barranco y la Vega de Gáldar.

III. NUEVAS VALORACIONES Y PERSPECTIVAS

El Proyecto interdisciplinar que ha sido la reconversión de este yacimiento en Parque Arqueológico, se ofrece como una experiencia y un reto, tanto para las administraciones públicas implicadas como para el equipo técnico y científico que lo desarrolla. En el caso concreto de Cueva Pintada, los recursos y dificultades se han ido alternando a lo largo de los últimos siete años, con la complementariedad de las tres áreas

principales de intervención: Conservación, Arqueología y Arquitectura. Sin lugar a dudas, el hecho singular que es el descubrimiento arqueológico y la valoración científica de los hallazgos, ha sido el eje principal sobre el que ha girado el resto de la maquinaria de las actuaciones. Después de diez campañas consecutivas y sistemáticas, parece obligado hacer referencia a aquellos primeros logros y valoraciones, que han derivado de un programa con múltiples frentes y no menos cuestiones y problemas por resolver.

En estos momentos el panorama teórico y práctico no es, como cabía esperar, el mismo que el de abril de 1987 cuando se iniciaron los sondeos y calicatas geofísicas. La praxis y el empirismo de los trabajos han definido un nuevo marco de referencias que ha contribuido no sólo al rescate patrimonial de este espacio, sino que, paralelamente, ha activado una serie de cuestiones que hacen al estado presente de la investigación arqueológica de Gran Canaria y al proyecto y filosofía de los Parques Arqueológicos (cf. Martín de Guzmán, 1993, pp. 191-120).

La oportuna y obligada reflexión, y la recapitulación en orden a los trabajos realizados, más allá de la estrategia de las excavaciones, tiene una implicación directa en la historiografía insular. Como primera valoración hay que indicar que, en el estado actual de los conocimientos, los estudios arqueológicos grancanarios deben ser objeto de una parcial reorientación, tanto en el marco cronológico y secuencial como en el de su adscripción territorial más próxima. Para salir del *ensimismamiento arqueográfico,* y para incorporar modelos y resultados, no hay otro camino que reconducir el proceso, y los objetivos de la investigación. Sin una referencia explícita al Mediterráneo Occidental y Fachada Atlántica (Península Ibérica y Norte de África), se corre el riesgo de volver sobre el aislamiento e infertilidad de la arqueología insular. Porque, guste o no, y sin renunciar a enfoques estructurales y antropológico-culturales, propios de la hermenéutica, la correlación y el marco regional más próximo han de estar presentes en el discurso y la discusión de los conocimientos arqueológicos aportados por el investigador. De no ser así, sin traducción de estos datos, la

redundancia y la falta de relevancia, convertiría a la arqueología canaria en una misión sin futuro.

El propio registro arqueológico, la articulación y sucesión de los episodios estratigráficos y, en particular, la determinación de los pisos de ocupación o contextos culturales *in situ*, han permitido definir muchos de los *items* culturales del asentamiento y abrir el planteamiento de nuevas cuestiones. Sin entrar todavía en la cuestión fundacional, en los *primeros vecinos* de Cueva Pintada, lo cierto es que parece oportuno aceptar la presencia intensa, entre el siglo VII y el XI d.C., de un grupo cultural perfectamente adaptado y arraigado en esta falda de la colina, o «arrabal de la Audiencia».

1. Comunidades indígenas e intercambios: las cerámicas y los metales

El estudio arqueológico del *espacio rural* ha sido objeto en los últimos años de un desarrollo teórico y práctico que ha ido desde la arqueología del paisaje o *landscape archaelogy* al ya célebre, entre los arqueólogos, *site catchment analysis* propuesto por Vita-Finzi y Higgs en 1970. Esta nueva mirada sobre el territorio con intenciones arqueológicas, ha servido para que la propia arqueología emigrara de los grandes núcleos monumentales y, al menos, sobrevolase una nueva dimensión como lo es la génesis y transformación del territorio del mundo rural.

Para la Edad Media, Miquel Barceló (1988) ya ha insistido en el análisis de cuestiones cruciales en el marco de lo que él denomina «las afueras del medievalismo», y donde el método arqueológico completa o, simplemente, reúne la información disponible sobre temas tan determinados como la evolución del pastoralismo, el nacimiento y reorganización de los asentamientos, los sistemas hidráulicos y su repercusión económica y social, el cultivo de los cereales y los espacios de secano, etc. Todo un cuestionario que, desde la noción de *periferia medieval*, está abriendo unas grandes y nuevas posibilidades a la investigación histórica (cf. Barceló, 1988, pp. 195-274).

Enfoques similares, pero a partir de información escrita, han sido desarrollados en otros trabajos sobre el mundo rural y aldeano de Castilla, con encuadres metodológicos y resultados muy positivos (cf. Ruiz Gómez, 1990).

Cuestiones más técnicas y especializadas, a partir del análisis de la cerámica están, igualmente, despejando muchas antiguas incógnitas y planteando problemas de mayor calado. La influencia, más que posible, de la cerámica beréber en la cerámica valenciana de la Alta Edad Media, apunta hacia estos nuevos planteamientos (cf. Delaigue, 1983, pp. 493-521). Lo mismo para la cerámica paleoandalusí, cuyas cronologías de los siglos VII al X, contienem los suficientes elementos de estudio, en un momento en que, a ambas orillas del Estrecho, se están produciendo importantes movimientos antropodinámicos (cf. Gutiérrez Lloret, 1993, pp. 39-65, y Malpica Cuello, ed., 1993).

La recuperación, vía arqueológica, en el asentamiento Cueva Pintada de una serie de *materiales de importación,* en particular de cerámicas a torno y metales, obliga a reorientar parte de las implicaciones en la órbita de los intercambios, esporádicos si se quiere, pero relevantes desde el punto de vista arqueológico y, lo que es más importante, imprescindibles en el momento de establecer la secuencia cultural, dentro del marco del Mediterráneo Occidental (cf. Dadulatl, 1980, pp. 197-201).

En efecto, el relativo aislamiento de Canarias en relación a Occidente, parece paliado por una serie de intercambios intermitentes, pero suficientemente significativos, patente en los ajuares procedentes del exterior de las islas, en concreto del área o *hinterland* cultural del Mediterráneo Occidental y Fachada Atlántica. Estos elementos están en relación, tanto con el mundo cristiano tardomedieval como con los reflejos culturales procedentes del universo mudéjar o hispanomusulmán, asentados en ambas orillas del Mediterráneo (cf. AA.VV., 1980).

Un dato aún sin resolver, pero que puede tener un gran valor en el *cross dating* y en la periodización de las distintas fases de Cueva Pintada, es la presencia de cerámicas a torno, *serie roja y serie naranja,* cuya raigambre, que si se quiere pue-

de retrotraerse a las tradiciones que conectan con el Imperio romano, perdura en los círculos románicos y góticos cristianos, así como en los repertorios islámicos de Andalucía, Levante y Norte de África. No debe extrañar entonces algún tipo de relaciones e intercambios, cronológicamente mucho más profundos (como lo respalda la mayor parte de la treintena de fechas de C-14). En esta dirección cronológica, éstos no se reducen a los episodios epigonales de los contactos portugueses, andaluces o castellanos, relacionados con la Conquista. Por eso mismo, no hay que descartar nuevas implicaciones, a partir del registro de la cultura material, que sirvan para establecer corologias o cronologías cruzadas, a partir de estos elementos exógenos o de importación. Es más, en el marco de las cerámicas tenidas como de tradición tardorromana y difundidas por todo el Mediterráneo, desde el siglo I al VII d.C., y que proceden de talleres norteafricanos, se podría postular la perduración de técnicas alfareras que suceden a la *terra sigillata clara* (cf. Jarrega, 1987, pp. 337-344). Estos estudios que ya se han iniciado en la Península Ibérica y Norte de África, sin lugar a dudas pueden, cuando de los indicios se pase a la confirmación, arrojar luz sobre la arqueología insular, y servirán para postular una red de intercambios, y lo que es más importante, articular la secuencia cultural indígena (cf. Delaigue, 1983, pp. 493-521). Se sabe igualmente que la producción a torno, en particular la *serie naranja,* que perduró tanto en los centros cristianos como andalusíes, se caracteriza por una masiva producción estandarizada, que es distribuida por Occidente sobre un sistema de redes comerciales, marítimas y terrestres que pueden alcanzar grandes distancias. De cualquier manera, habría que acudir al análisis de composición de las pastas, antes de proceder a determinar su lugar geográfico exacto de procedencia.

Más evidentes resultan los contactos bajomedievales, a partir de los repertorios mudéjares, de vajillas vidriadas y mayólicas, de reflejos metálicos o con decoración de *cuerda seca,* elementos todos perfectamente documentados en el asentamiento Cueva Pintada, en contextos prehispánicos más tardíos que se escalonarían entre el siglo XII y el XV.

La presencia, más que significativa, de *metales, monedas, vidrios,* etc., se suma también a esta visión pluridimensional de la arqueología de Gran Canaria, que tiene en el asentamiento de Gáldar, uno de sus modelos culturales más representativos.

Dentro del repertorio metálico hay que destacar el excepcional descubrimiento, en el interior de una vivienda prehispánica (sector 37), de lo que tipológicamente se ha definido como una hoja de una *espada de hierro,* de 63 cm. de larga, por 3,5 cm. de anchura en su extremo proximal y 1,3 cm. de espesor máximo (fig. 2). La misma apareció sobre el suelo

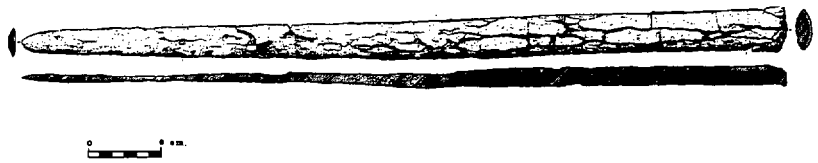


FIGURA 2

barrido, prácticamente en contacto con el piso soporte, y contextualizada con varios fragmentos correspondientes a la casi totalidad de una pieza de cerámica de importación de la *serie blanca,* confeccionada a torno. Tipológicamente ha sido clasificada como un arma, de origen cristiano-medieval, que podría situarse entre los siglos XII-XV. Una circunstancia que en un principio no se valoró suficientemente fue el hecho de que la pieza apareciese fracturada en partes, conservadas en su totalidad, y que la minuciosa operación restauradora ha permitido reintegrar completamente. Otro dato también significativo era la ausencia de empuñadura, justificada quizá por desprendimiento o extravío, o simplemente por tratarse de un material perecedero como la madera o el hueso. En cuanto a los filos del arma, tampoco pudo determinarse si estuvieron o no activados debido a la erosión del material y a la costra de oxidación.

Sin embargo, estas tres circunstancias negativas (fracturación de la hoja, ausencia de empuñadura y filos cortantes no definidos) han servido para abrir una nueva hipótesis de tra-

bajo y considerar que tal vez no se trate de un arma propiamente dicha, sino de lo que desde la Antigüedad se conoce como *espada-lingote* y cuya significación cultural y tecnológica es mucho más profunda en la red de intercambios culturales y en la introducción de materia prima ya manufacturada y tratada para poder ser transformada en otros instrumentos (cuchillos, punzones, gubias, en definitiva *herramientas*), en el mismo lugar de su aplicación. Este tipo de *espadas lingotes*, en el estricto sentido de su funcionalidad, tal y como ha sido estudiado por ejemplo en Inglaterra, pueden aparecer rematadas con una especie de lengüeta con unos bordes reentrantes. Es decir, que la hoja carece de placa de enmangamiento, de espiga de engaste, o de orificios para acoplar los remaches de la guarnición o empuñadura. Todas estas evidencias negativas coinciden también en la espada de Gáldar, cuya hoja es muy próxima al denominado *modelo inglés* (cf. Champion et al., 1988, fig. 10.11). Otro detalle es que la parte proximal de la hoja de Gáldar se asemeja también al tipo de los *currency bars*, de Sayland's Smithy, Islas Británicas (cf. Mohen, 1992, fig. 54, p. 180). Ambas piezas, y con criterios estrictamente tipológicos, habría que adscribirlas al mundo Atlántico. En este sentido cobra entonces otra dimensión la aparición de cuchillos totalmente de hierro, como uno de los descubiertos en el interior de una vivienda del Cierre Sur, así como la masiva presencia de *clavos*.

Pero para comprender la profundidad e importancia de la metalurgia del hierro conviene hacer una rápida valoración de los distintos factores implicados en su producción y comercialización.

La extracción, tratamiento y comercialización del hierro en la Antigüedad y Edad Media fue tanto o más importante que el oro, por su aplicación, ductilidad y costosa tecnología metalúrgica. Ésta precisaba de un control pirotécnico y del dominio del horno y de la forja, hechos éstos muy complejos y sofisticados. El objeto de hierro más antiguo, datado en el 5000 a.C., es de hierro meteórico y pertenece a la cultura Samarra, Irak. Posteriormente se iniciará la metalurgia extractiva, el tostado de reducción, la reducción directa y el re-

finado. Todas estas manipulaciones pasan por una serie de operaciones tecnológicas, como son la fusión del metal nativo, el vertido en el molde, la fabricación de la aleación hasta la obtención del útil, con procedimientos alternativos o complementarios como son el forjado en frío o en caliente, plegado, recortado, torsión, recocido, temple, etc.

Toda esta complicada tecnología metalúrgica, además de la red propia de los intercambios comerciales, explica la existencia de los *currency bars* o barras de hierro, que incluso, como sucedió en el mundo indígena de Gran Bretaña, fueron utilizados como medida de valor antes de la introducción de la moneda, en categoría de *lingote de hierro,* con centros de distribución perfectamente conocidos como los de la cuenca del río Severn o las localidades de Dorset y Cotswolds (Champion, et al., 1988, pp. 401-402, y Mohen, 1992, pp. 179-180).

Las *espadas lingote* eran también conocidas en el mundo celta desde el siglo V a.C. y reemplazan a los lingotes bipiramidales de la época anterior. Más que una utilidad bélica, se orienta a satisfacer otras necesidades relacionadas con la vida cotidiana y el mundo agrícola y artesanal. Son la materia preparada para obtener, a partir de otras operaciones de la cadena tecnológica metalúrgica, una serie de instrumentos como adornos, bocados de caballos, rejas de arado, cinceles, cuchillos, azuelas y gubias para trabajar la madera, etc. Toda esta cadena tecnológica entre los lugares de extracción y preparación del hierro hasta los puntos de intercambio comercial es muy fluida entre el centro y la periferia. Los fenicios, los romanos, los celtas, los íberos, los norteafricanos, se van acogiendo al progreso que significa la utilización metalúrgica y siderúrgica del hierro.

Sin embargo, se sabe también que el hierro se introduce tardíamente en África del Norte. En Egipto empieza a documentarse a finales del segundo milenio, pero no será hasta el siglo III a.C. cuando se generalice su utilización. Para el África indígena hay que remitirse al apogeo de la metalurgia del hierro en el Reino de Kush, cuya fase Napata (747-716 a.C.) posee los hierros más antiguos del oriente de África, con hachas, cuchillos, pinzas, hojas triangulares, puntas de flecha, etc. La

fase Meroe (del siglo VI a.C. al 320 de la Era) reafirma este papel preponderante de la metalurgia, con verdadero carácter industrial y la incorporación de hornos de ladrillo con profusión industrial de objetos pequeños.

La fundación de Utica, y la de Cartago en el año 814 a.C., está también relacionada con la difusión de las técnicas metalúrgicas mediterráneas que, progresivamente, alcanzan la Fachada Atlántica hasta Mauritania, penetrando en el continente hasta Tombuctú, a través del Sahara. La mayoría de los hierros africanos son dulces y la producción de acero es excepcional, documentándose sólo tardíamente a partir del siglo XV de la era. Entre las regiones productoras más importantes hay que citar Nigeria, Ghana, o el importante foco al norte del Chad, la «cultura Koro Toro», donde la intensa industria de la metalurgia del hierro se desarrolla en el primer milenio de la era y fuera definida como *haddadiense,* que en árabe significa «forjador» (Mohen, 1992, pp. 194-196).

Por lo tanto, la introducción del hierro en las *comunidades indígenas periféricas,* carentes de esta materia prima, constituye siempre, a pesar de su carácter excepcional, un hecho cultural relevante relacionado con el desarrollo y el progreso. Sin necesidad de producir la metalurgia, se puede acceder al disfrute de la pieza ya sea por intercambio del producto totalmente acabado, o por una operación intermedia en la cadena productiva a partir de la instrumentalización de los lingotes de hierro.

Para el caso de Canarias, la *Crónica Azurara,* en su capítulo 79, al referirse a Gran Canaria, ofrece una valiosa referencia en relación al uso de los metales:

> *Aprecian mucho el hierro* que trabajan con sus cuchillos de piedra, y con el cual fabrican anzuelos...
>
> (cf. Berthelot, ed. 1977, t. I, p. 72).

La frecuencia de los intercambios entre los indígenas grancanarios y los navegantes, que periódicamente llegan a las islas en busca de sebo, pieles, orchilla y cautivos, está recogida desde la temprana documentación de Da Recco (1341):

> Todos estos insulares hacían entender por sus señas que *deseaban comerciar con la tripulación de los buques y entrar en relación con ella.*
>
> (cf. Berthelot, ed. 1977, t. I, p. 36)

Mucho más explícito y abundante en detalles es el texto de *Le Canarien* (1402), cuando Gadifer de la Salle intenta desembarcar en Gran Canaria: «... en un gran puerto que está entre Telde y Agüimes» (posiblemente Melenara). Dice así:

> Y allí en el puerto vinieron cerca de 500 canarios y hallaron con ellos y venían a la barcaza 10 ó 12 todos juntos, sin atreverse, después de haberles dado Gadifer seguridad, y les traían abundantes higos, y sangre de drago *que cambiaban por anzuelos de pesca y viejas herramientas de hierro y por agujas para coser;* y obtuvieron sangre de drago que valía 200 doblas y todo cuanto les entregaron no valía dos francos.
>
> (*Le Canarien,* ed. 1980, p. 40).

En el texto «B» de *Le Canarien,* además de los anzuelos, herramientas y agujas, se mencionan «*cuchillitos*». En el interior de una de las viviendas del Cierre Sur ha aparecido un cuchillo fundido totalmente en hierro (cf. *Le Canarien,* ed. 1980, p. 127).

Estos intercambios, a todas luces ruinosos para los indígenas canarios, tienen una explicación en la necesidad perentoria que supone la ausencia de metales en el subsuelo insular. En el caso concreto del hierro y su alta estima y valoración por los indígenas prehispánicos de Gran Canaria, no añade ninguna novedad a la misma alta cotización de este material desde la Antigüedad.

Para calcular el valor del hierro, baste recordar que en la Antigüedad su cotización llegó a ser cuarenta veces más alta que la de la plata. De aquí que estos lingotes de hierro o *espadas lingotes* tengan un valor de auténtico «tesoro», en particular en aquellas regiones carentes de la materia prima y distantes de los centros de transformación primaria, como las Islas Canarias. Su posesión, además de prestigio, supondría la

disponibilidad de un capital no despreciable, susceptible de transformarse en instrumentos y herramientas, e imprescindible por su escasez y alto valor funcional.

Por lo tanto, la aparición de esta *espada fracturada* permite plantear algunas hipótesis. Primero, si su presencia sólo tiene un valor económico, como los *currency bar* británicos, testimonio de unos compromisos e intercambios entre los indígenas de Gran Canaria y los centros culturales, en este caso medievales, cristianos. Segundo, si, como parece lógico, y como lo certifica la presencia de otros instrumentos derivados en Cueva Pintada (recortes, cuchillos, y sobre todo las decenas de clavos), en el propio asentamiento se procedía, periódica o permanentemente por un especialista afincado en el sitio, a forjar y terminar las piezas. Es decir, la presencia estacional o fija de un «maestro forjador». Azurara alude a su trabajo en frío, con martilleado de piedras. Los tratamientos mecánicos pueden hacerse en frío, por debajo de los 500° C, lo cual necesita de un calentamiento previo en horno. El forjado requiere, además, la intervención de un yunque y de martillos o mazas pesadas, que en la técnica siderúrgica antigua eran de piedra (cf. Mohen, 1992, p. 172).

La talla de la madera, abundante en los entablamentos y forro de las viviendas, la excavación de cámaras y oquedades, son indudablemente más fáciles de realizar con la utilización de herramientas de hierro que con simples artefactos líticos.

No debe extrañar, pues, la presencia de una *espada lingote* y de todas sus implicaciones, si se relaciona con los estímulos y propuestas procedentes del exterior. Estos préstamos o intercambios culturales vienen, por otra parte, perfectamente recogidos para el Prehispánico, tanto por las citas antes aludidas como por la historiografía tardorrenacentista, en particular Abreu y Torriani, cuando hacen referencia a la *misión mallorquina* (1342-1386) (cf. Serra Ráfols, 1940-41).

Por otra parte, la arqueología grancanaria ha certificado el uso de herramientas metálicas en algunas cuevas, como Cuatro Puertas, Telde, circunstancia que llevó a algunos investigadores (Álvarez Delgado, Pellicer), a dudar de su propio carácter «prehistórico» o indígena. Una tecnología exclusivamen-

te lítica no parece la más adecuada para excavar las grandes cámaras de Huertas del Rey, Hospital o Cuevas de Facaracas, en Gáldar, muy próximas a Cueva Pintada. Lo mismo podría postularse para la fábrica y labra de la cámara decorada Cueva Pintada, cuya perfección y traza, cualquiera que fueran sus herramientas, y su orientación en el eje exacto Norte-Sur, están apuntando a un dominio tecnológico y arquitectónico especializado.

La presencia, pues, de metales en Cueva Pintada, sin entrar en su antigüedad y procedencia, inaugura un nuevo capítulo, junto a las cerámicas a torno, que posibilita extraer correlaciones extrainsulares y, lo que es más oportuno, ir escalonando la periodización interna de estos episodios, en relación directa con el proceso cultural indígena.

2. Implicaciones historiográficas y cronológicas

Los anteriores argumentos, rigurosamente registrados en el transcurso de un programa sistemático de excavaciones, han obligado a los investigadores a desterrar ciertos apriorismos y a precisar conceptos y terminología. En este sentido, resulta exagerado seguir utilizando la denominación de «prehistórica» para lo que, en realidad, es una *arqueología medieval periférica,* cierto que sin catedrales, mezquitas, castillos o alcazabas, pero cuyo *hinterland* cultural y cronológico no es otro que el registro histórico y cultural propio del Mediterráneo Occidental, África del Norte y la Fachada Atlántica. Una especie de etnoarqueología de occidente «extra muros», atlántica. La arqueología de las *comunidades gentilicias medievales* de Canarias.

El asentamiento Cueva Pintada, en esta fase de las investigaciones, y sin cerrar el tema, dispone ya de los datos suficientes en orden a la cronología y al registro material de la cultura como para contribuir, en cierta medida, a la reubicación de la Arqueología de Gran Canaria, más allá de los estrictos procedimientos técnicos. Esta reorientación pasa necesariamente por la incorporación de estos hechos singulares

al marco regional, su *hinterland* cultural más próximo. Sin embargo, y hay que exponerlo con rotundidad, este cambio de signo no significa apostar por ningún modelo eurocentrista u occidentalista, sino por una exigencia lógica, en virtud de las nuevas evidencias cronológicas y de su relación tanto con el marco cultural norteafricano y Mediterráneo Occidental, como con una serie de movimientos antropodinámicos y culturales que repercuten, como una onda expansiva, en ciertos rasgos detectados en el interior de la arqueología insular. Por ello, a partir de la contundencia de las dataciones C-14, parece legítimo adelantar algunas perspectivas que contribuyan a liberar a la arqueología canaria de cierto hermetismo que la ha caracterizado.

En el caso concreto de la historiografía referida a Canarias, antes de la Edad Moderna, ésta registra dos grandes bloques:

— El primero, que se podría llamar *Canarias en la Antigüedad,* arranca con el Periplo de Hannón (circa 500 a.C.), continúa, dentro de los periplos atlánticos por el Mar Exterior, con Pseudo-Scylax (350 a.C.), Polibio (*post* 146 a.C.), y culmina con la expedición científica al Archipiélago de Juba II (25 a.C.). Estas y otras expediciones sobre las islas, y en particular los viajes de navegantes y pescadores del *Círculo del Estrecho,* generan una serie de noticias que, en parte, serán recogidas por distintos autores de la Antigüedad, muchas veces con tintes literarios imprecisos (Cf. Schmitt, 1968, pp. 362-391).

— El segundo bloque, *Canarias en la Edad Media,* lo constituyen las fuentes etnohistóricas árabes y cristianas. Estas últimas, las más importantes, se inauguran con el riguroso reportaje etnográfico que es el *Informe Da Recco* (1341), pasa por la *Documentación Vaticana* (siglos XIV y XV) y los Archivos y *Protocolos del Reino de Castilla* (siglo XV). Mucha de esta preciosa documentación ha sido dada a conocer por Wölfel y M. Santiago. Las *Crónicas* del Siglo de la Conquista o Guerra de Canarias (1402-1496) contienen, a partir de una lectura crítica, mucha información que es retomada y alcanza a la

historiografía tardorrenacentista y barroca con Torriani (1592), Abreu (1602) o Sosa (1678).

Edad Antigua y Prehispánico, *stricto sensu,* quedan, sin embargo, desconectados por un *gran hiatus* (desde Sertorio 81-82 d.c., hasta *circa* 1000 d.C.). Para la Alta Edad Media sólo se conocen esporádicas citas como las de San Isidoro de Sevilla (630), o las referencias a autores árabes como El Mas'udi (*circa* 950), Bekri (*circa* 1000), Al Biruni (1048).

Este *gran hiatus* o compás de espera, de casi 1000 largos años de duración, significa que el tramo crucial de la arqueología medieval, ante la carencia de documentación o fuentes escritas, sólo podrá ser resuelto por la propia arqueología. La parquedad de fuentes literarias para la Alta Edad Media contrasta con la profusión de datos escritos que se generan a partir del *redescubrimiento* de las islas por las monarquías cristianas, en particular, los relacionados con los hechos de guerra que se provocan por Castilla en la conquista realenga (1478-1496).

Si bien es cierto que los hallazgos de anforetas romanas en aguas del Archipiélago (tipos 30 y 33 de Dressel y 47 de Pelichet, fechados en los siglos II y IV d.C.), así como los más recientes descubrimientos del profesor Pablo Atoche Peña en Bebedero, Lanzarote, de una serie de materiales cerámicos a torno, procedentes de su nivel IV, datados como del siglo I d.C., han respaldado los relatos de Plinio o de Plutarco y testimonian la presencia cierta, aunque esporádica, de los romanos en Canarias, no es menos sorprendente la *evidencia negativa* de contactos o presencias en el largo segmento que va desde el siglo V al siglo XI d.C.

2.1. *La Fundación Roma*

El asentamiento de Gáldar, cuya frecuentación humana, de acuerdo a la cronología de las investigaciones arqueológicas, se puede remontar al siglo VI d.C., dispone de una excepcional referencia historiográfica que, hasta ahora, no había podi-

do ser valorada en sus justos términos y que gracias a esta nueva articulación cronológica contiene un alto índice de probabilidad. Con este episodio fundacional que es la *Torre Roma,* se inaugura, precisamente, la *Alta Edad Media* y se inicia una secuencia cultural que sucede a la *Antigüedad* y que precede al *Prehispánico* (siglos XII al XV). Torriani (1592) y Sosa (1678) son quizá los autores que con más precisión se refieren a esta *fábrica metropolitana,* aportando datos y detalles de gran interés. El texto de Torriani, más conciso, contiene, sin embargo, una información nada despreciable:

> Además, por prohibición de Noé (*sic*) no podían fabricar más de una sola torre, *que entre ellos consideraban como metrópoli;* y de ellas se ven dos hoy día en estas islas, *una muy vieja en la ciudad de Gáldar,* en Gran Canaria, y otra en La Palma, que menciona Plinio.
>
> (Torriani, ed. 1978, p. 19).

La información aportada por Sosa es más amplia, situando con gran exactitud esta fundación:

> Hubo otra casa fuerte que llamaban los gentiles canarios *Roma,* de paredes tan gruesas e inexpugnables que sobre ella fabricaron los españoles después un torreón en que se hicieron fuertes, para de allí pelear y defenderse en tiempo de la conquista, *y quedóle el nombre de Roma a esta casa,* desde que los romanos señorearon todo el mundo, que fue en el tiempo que estuvo en estas siete islas Afortunadas, por espacio de siete años, el bienaventurado San Maclovio y su compañero Blandino, imperando Justiniano en Roma... (*sic*) le pusieron por ser morada de su legado, embajador o justicia Roma, cuyo nombre se fue conservando entre ellos hasta que se conquistó la isla.
>
> (Sosa, ed. 1849, p. 175).

En primer lugar se impone una precisión léxica. En el cabo de Aguer, el caballero portugués Diogo Lopes de Sequeira levanta un castillo de madera que se denominó de Santa Cruz (*circa* 1500). Sabemos que los indígenas del lugar llamaban a

este tipo de construcciones o fortalezas *Dar Rumia,* que quiere decir en su lengua «*casa cristiana*» (cf. Alcalá Galiano, 1900, nota 2, p. 70).

Fray José de Sosa, fraile franciscano, estuvo alojado en el Convento de Gáldar y reconoció personalmente estas ruinas en 1675. El dato transmitido por Sosa hubo de obrar, posiblemente, en alguna copia del desaparecido *Códice de Santa Ana,* que se conservaba en la Catedral de Las Palmas. La precisión cronológica es tal que parece impensable creer que se trate de una mera elucubración literaria del ilustrado franciscano, amante de las antigüedades. Una compulsa histórica de cada uno de los términos verifica esta información.

Durante el reinado de Justiniano I (527-565) se intenta recomponer el *orden antiguo imperial,* con la restauración de la tradición jurídica romana (promulgación y publicación de *Códice faciendo, De confirmatione digestorum, Instituta* y *Corpus iuris civilis*). Consecuencia de este ideario de restauración del mundo antiguo es la reconquista de los territorios, tanto en Oriente como en Occidente, que habían pertenecido al Imperio. En esta operación era imprescindible, para la seguridad de la navegación en el Mediterráneo, la recuperación de África del Norte, siguiendo el viejo aforismo: «*Africa capta, mundus cum nato parebit*». Esta política africanista de Justiniano se inaugura con el sometimiento de los vándalos, en el 535, por el general Belisario. No debe extrañar, entonces, que se renueven los «Periplos Atlánticos», como en su época lo fue el de Juba II, y se intente, en esta visión estratégica del Imperio, alcanzar el *finis terrae* del Sur, con el propósito de llevar al Imperio hasta su antiguo y más lejano *limes.* Con la ocupación de Ceuta (534) por los bizantinos, de acuerdo a los planes del Emperador Justiniano, se aseguraba el control del Estrecho y la expansión del cristianismo por el Norte de África y Sur de la Península Ibérica. Esta presencia e intervención bizantina en Occidente toma como pretexto la guerra civil entre el rey Agila y el noble Atanagildo (549), para pasar a Andalucía, pero, en el fondo, responde a los planes de restauración del Antiguo Imperio Romano. Los frecuentes enfrentamientos entre los «reyes fugaces» visigodos, favorece

la presencia del imperio-oriental durante casi un siglo (del 552 al 624) en Occidente. Cádiz, en el Mar Exterior, es el gran puerto desde el que se controla la Tingitana y la Fachada Atlántica, cuya exploración, como hicieran los antiguos, llevaría a los bizantinos a conocer las Afortunadas. Pero será Suintila quien, en el 624, termine con el dominio bizantino en la Península. De cualquier modo, no debe hablarse de un establecimiento sino de una *presencia testimonial* a efectos de ocupación y posesión del territorio, con periódicos intercambios de materias primas y manufacturas entre los navegantes y los gentiles canarios, tal y como ha quedado perfectamente documentado para otros contactos posteriores en la Baja Edad Media, en los relatos de Da Recco (1341) y en *Le Canarien* (1402-1405).

Lo cierto es que la historiografía medieval, en un lenguaje parabólico, da cuenta de la misión de San Maclovio y San Brandano, quienes con diecisiete monjes visitan las islas de las Cabras, de los Pájaros, y del Infierno. Más sorprendente, aunque tardío, resulta ser el texto de Sosa, que conoce a la perfección la cronología de estos hechos y relaciona la fundación de la Torre Roma con San Maclovio y San Brandano. En efecto, San Brandano, monje escocés o irlandés según otros, nace en 484, dos años después que Justiniano I (482 d.C.), siendo ambos, por lo tanto, contemporáneos. Este exacto ajuste cronológico respalda las posibilidades históricas de esta «misión atlántica», con la que se inaugurarían los periplos atlánticos medievales.

2.2. *La Islamización*

La *cuestión árabe* en Canarias ya fue abordada por Ernest Zyhlarz (1950), desde el punto de vista de la lingüística. El erudito alemán veía en algunos términos indígenas canarios raíces y etimologías claramente semíticas, llegando a postular una «misión islámica» entre el siglo XI al XII. Esta hipótesis levantó una agria polémica en la que terció D. J. Wölfel, defensor del origen camítico de las lenguas indígenas canarias.

Lo cierto es que sólo el 30 por 100 de los términos pueden relacionarse con el conjunto de más de doce dialectos que conforman el conglomerado lingüístico beréber actual y subactual. Gran parte de estos dialectos están fuertemente *arabizados,* lo que explicaría la *contaminatio* de muchos de sus vocablos o prefijos, detectados también en el registro lingüístico prehispánico canario (cf. Vycichl, 1952, pp. 198-204, y Giese, 1949, pp. 188-202). Los componentes no beréberes alcanzan el 60 por 100, y muchos investigadores, como el propio Wölfel, los han querido relacionar con un substrato lingüístico común emparentado con el *hausa,* desgajado del gran tronco común indoeuropeo (cf. Zyhlarz, 1950, pp. 403-460 y Wölfel, 1957, pp. 147-158).

Con la dominación de la Fachada Atlántica y control del Estrecho por el Islam, desde el 710, es lógico que desaparezcan los contactos y exploraciones cristianas, y se proceda por parte musulmana, al conocimiento del Archipiélago, tal y como queda certificado en las relaciones que van desde El Mas'udi (950) a Bekri (*circa* 1000), Al Buruni (1048), El Idrisi (1154), Yaqut (1229), Ibn Said (*circa* 1250), Al Qazwini (1283), Ibn Batuta (1377), y concluyen con Ibn-Jaldún (1377). Estas exploraciones árabes, desde Lisboa (antes de su reconquista por los cristianos en 1147), tienen su mejor expresión en el *Viaje de los maghruinos* (*circa* 1100), que navegan durante varios días hasta alcanzar las islas:

> ... donde había hombres de alta estatura, de color moreno y atezado, cabello largo y mujeres de extraordinaria belleza.
>
> (cf. El Idrisi, cit. en Berthelot, ed. 1977, T. I, pp. 24-25, y en Millares Torres, ed. 1974, pp. 151-152).

Esta expedición transmitida por El Idrisi (1100-1169), el mejor documentado geógrafo árabe de su tiempo, nacido en Málaga, aporta noticias de sumo interés:

1. La isla tenía un rey.
2. Ocuparon una casa durante tres días.
3. Trataron con un lengua o traductor *que hablaba el árabe.*

Paralelamente, la presencia almorávide en Marruecos desde 1050, con el sometimiento de las regiones del Sus y del Drâa, ponen prácticamente frente a Canarias un movimiento revolucionario, político y religioso, de gran combatividad. El control de la frontera sur de Marruecos es de capital importancia estratégica y comercial en relación con las rutas caravaneras subsaharianas y la defensa del territorio y de los pasillos del Atlas, así como con las vías de penetración de los oasis de Tafilalet (presunto territorio de los «canarii»). El Drâa y sobre todo el Sus se consolidan como una de las principales zonas agrícolas y ganaderas con la implantación incluso, tempranamente, de cultivos e ingenios azucareros. Simultáneamente, entre Tánger y Asilah, se establecen importantes astilleros de construcción naval y la Fachada Atlántica conoce una intensa actividad comercial y marítima, que va desde el Estrecho hasta el Drâa. En estas circunstancias, y en este escenario, es muy difícil que los almorávides, como más tarde los almohades, con una política expansionista sin cuartel, no tuvieran conocimiento de Canarias e intentasen, si no su ocupación, sí al menos contactos y relaciones con los indígenas isleños (Vernet, 1971, pp. 401-427).

Algo más tardío es el texto de Ibn Said (siglo XIII), donde se indica el número de siete islas y otros detalles:

> Y en el Océano están las *siete islas* eternas, situadas al Oeste de la ciudad de Salé. Aparecen visibles a simple vista en un día claro, despejado de atmósfera y sin calígene. En ella se encuentran siete ídolos con figura de hombres que indican que más allá no hay ni rutas ni caminos.
>
> (cf. Martínez Hernández, 1992, p. 83).

En este marco cronológico, el *Pseudo Ben Farruk* (*circa* 999), aun cuando se acepte que se trata de una adulteración literaria, está apuntando a los contactos y relaciones entre los árabes y los habitantes de Gan Canaria. La fecha, siglo X-XI, es coherente con el registro arqueológico del asentamiento de Gáldar, donde el informe sitúa la corte y el rey de la isla. Sal-

vados algunos detalles, como el propio nombre del capitán Ben Farruk, en los que se ha centrado la crítica textual, y que por otra parte puede corresponder a un hispano-catalán islamizado (como otros tantos personajes en esta época que navegan por el Mediterráneo y cruzan el Estrecho), los contenidos esenciales del relato, como que se alojan en una casa, que la isla tiene un rey y otros detalles, son ciertamente muy semejantes a la expedición de los maghruinos. De aquí que se proponga una lectura menos hipercrítica y más estructural de este texto, misteriosamente desaparecido de la Biblioteca Nacional de París, precisamente cuando se preparaba el reparto colonial de África del Norte por parte de las potencias europeas.

Por otro lado, el Atlántico no era un mar ni mucho menos desconocido para los árabes como lo prueba Ferrand (cf. Ferrand, 1935, pp. 81-84). Asimismo el texto que Casiri atribuyó a Ibn Zayyat (n.° 1636, II, del siglo XII, conservado en la biblioteca de El Escorial), se refiere a antiguas navegaciones árabes que alcanzan el golfo de Guinea, en la mejor tradición de los grandes itinerarios marítimos de la Antigüedad. Desde el centro operacional que siempre fue Cádiz, el jeque de Kasjaf, entre los siglos IX-X (con anterioridad al 950), pudo muy bien recalar en el Archipiélago. De estas relaciones hay numerosas fuentes, directas o diferidas, pero que en lo esencial insisten en la existencia de unas islas «felices» o «eternas» (Al Halidat), que son frecuentadas y conocidas por los árabes. La fuente más precisa es la que hace alusión a una *misión islámica,* situada a finales del siglo XII o principios del XIII, donde se dice que el santón Abu Yahya, personaje procedente del sur de Marruecos, se instaló en el Archipiélago en 1208-9 (cf. Lewicki, 1983, pp. 19-20). El contenido del relato de Ben Farruk podría, pues, interpretarse como un trasunto, o *traslatio,* de estas exploraciones, que las hubo con total seguridad, con lo que la manipulación atribuida a Osuna (1844), como ya escribía Francisco María Pinto, en 1879, carece de sentido. Sin embargo, transcurrido más de un siglo de la polémica, la investigación histórica, especialmente con Bonnet y Millares Cantero, se reafirma en el carácter de «falsario» del texto de

Osuna que no sería otra cosa que una burda recreación literaria a partir del relato de los Maghruinos.

Este conocimiento de Canarias por los árabes perdura hasta la Baja Edad Media y está recogido en distintas fuentes que alcanzan a escritores como Ibn-Jaldún (1332-1406). El breve texto, a pesar de lo muy apretado de la información, aporta, sin embargo, datos etnográficos y culturales de gran valor referencial. Sus contenidos principales quedan ordenados así:

1. Unas naves de los francos asaltan las islas a mediados del siglo XIV.
2. Capturan a algunos naturales que son vendidos al sultán de Marruecos.
3. Los naturales canarios en cautiverio aprenden el árabe e informan al sultán de los usos, costumbres y características de su país.
4. De esta información de los indígenas se sabe:

> ... que remueven la tierra para la sementera con cuernos, *por no existir hierro en el suelo;* que se alimentan de cebada; que pelean con piedras que tiran hacia atrás; que su culto consiste en postrarse hacia el Sol naciente, pues no tienen otra religión ni ha llegado hasta ellos ninguna misión profética.
>
> (cf. Castro, 1983, p. 45; Millares Torres, ed. 1974, p. 151, y Lewicki, 1983, pp. 25-27).

El texto ha sido analizado *in extenso* por Lewicki, quien ha abundado en múltiples perspectivas históricas y lingüísticas, con gran rigor y conocimiento (cf. Lewicki, 1983, pp. 23-27). La última afirmación de que «... no ha llegado hasta ellos misión alguna», contrasta con la fuente que atribuye al santón marroquí Abú Yahyá una prédica en las islas. Cierto es que, aunque muy conciso y preciso, no deja ningún resquicio para identificar qué isla o islas fueron visitadas, lo que le resta campo situacional.

En este ambiente de *arabización* puede cobrar sentido la denominación hecha en *Le Canarien* a los reyes de Fuerteventura, en el encabezado del cap. LXXIV:

> Como los dos *reyes sarracenos* de la isla de Erbania tratáronse en rendición y hacerse cristianos, porque veían que no podían resistir más.
>
> (*Le Canarien,* ed. 1980, p. 181).

Cierto que es una cita aislada y excepcional, y más adelante se les denomina «reyes paganos» (*Le Canarien,* ed. 1980, p. 182), pero da lugar a una reflexión.

Otro dato ilustrativo, dentro del ciclo tardío del mito del Preste Juan, ahora situado en Occidente, es la existencia de los *farfanes,* caballeros cristianos al servicio de los sultanes de Marruecos, cuya organización quedó disuelta en el siglo XIV (cf. *Le Canarien,* ed. 1980, p. 144). Todo este *trasiego cultural* explica muchos de los sincretismos árabes y cristianos a finales de la Edad Media. Sin embargo, con referencia a Canarias, *Le Canarien* es taxativo:

> ... las islas de Canaria, *habitadas por gentes infieles y de diferentes lenguajes...*
>
> (*Le Canarien,* ed. 1980, p. 15).

Lo cierto es que a partir de la Baja Edad Media el Archipiélago queda dependiendo de las *operaciones mercantiles* impulsadas desde los puertos de la Fachada Atlántica, como de otros del Mediterráneo, en particular Valencia y Palma. La costosa financiación de los viajes exploratorios y la falta de materias primas valiosas (oro, maderas, marfiles, etc.) sólo podía ser sufragada por orchilla, sebos, quesos o cueros, y sobre todo por cautivos de «buena guerra» (cf. Serra Ráfols, 1949, pp. 161-177). Es curioso el detalle, apuntado por Torriani, de la *existencia de ámbar en Canarias,* y donde, además de *las pesquerías,* podía estar otra de las razones de estas expediciones medievales:

> Y por toda la orilla del mar se halla ámbar de excelente calidad, y algunas veces en gran cantidad
>
> (cf. Torriani, ed. 1978, p. 71).

Con la conquista de Marraqués por los marinidas, en 1269, se hunde el Imperio Almohade y se asiste a un cambio de panorama y de protagonistas. El mundo árabe, fragmentado internamente y presionado por el norte por las monarquías cristianas y por el sur por ebullición indígena, empieza a dar síntomas de descomposición. Por lo tanto, a partir de ahora, no debe extrañar que dieciséis años después sean los genoveses quienes recorran toda la Fachada Atlántica, ya libres de la presión naval de los almohades.

La reconquista cristiana de Lisboa (1147), el asedio y ocupación de Palma de Mallorca (1229), la toma de Valencia (1238), de Sevilla por Fernando III (1248), y de Gibraltar (1309), supondrán un repliegue de los árabes y la recuperación de un nuevo espacio marítimo para los reinos cristianos. Este nuevo ciclo, de cambio de signo y reinauguración de los «periplos atlánticos», está documentado en los dos viajes de los Vivaldi (1285 y 1291). Recuperadas las llaves del Estrecho por los cristianos, se explica mejor el asentamiento genovés de Lanzarote (*circa* 1312), y la aparición de las islas en los portulanos bajomedievales como el Planisferio de Angelino Dulcert (Mallorca, 1339), Atlas Laurentino (Florencia, 1351), Mapa Pizzigani (1367) o el Atlas catalán de Abraham Cresques (1375).

3. Una propuesta de periodización

En orden a las precisiones terminológicas que derivan de esta nueva visión, no hay duda que ha llegado el momento de amortizar algunos términos confusos como «aborigen», por otra parte impropiamente tomado de la antropología anglosajona, y cuya aplicación no parece la más ajustada para referirse *in extenso* a las culturas arqueológicas canarias. Por lo tanto, se propone *Prehispánico, Edad Media* y *Edad Antigua,* y sus correspondientes gentilicios: canarios prehispánicos, canarios medievales (o alto medievales) y antiguos canarios, al igual que lo hacen, sin complejos, otras arqueologías regionales, hasta tanto se disponga de una secuencia cultural que dé cuenta de los al menos 2.000 años por los que transcurren las

distintas Edades (Antigua y Media), períodos y fases culturales de Gran Canaria. Pero también hay que reconocer que la arqueología de Gran Canaria, su explicación secuencial, esconde aún incógnitas que no han podido despejarse satisfactoriamente. El *anacroniso* de sus repertorios ergológicos, en particular la presencia desconcertante de *ídolos y pintaderas,* de remotas resonancias que morfológicamente se podrían remontar nada menos que al Neolítico Antiguo (Danubiano e islas del Egeo), ofrece un cúmulo de cuestionarios, propios de la antropología cultural, que quizá deberían ser explicados razonablemente a partir del empleo de los modelos de *convergencia, difusión diferida, evoluciones internas y sincretismo.*

La recuperación de un lenguaje y de unos referentes decididamente históricos, que libere a la arqueología canaria de los excesos del ambientalismo geográfico, el cuaternarismo geológico, el «guanchismo cromañoide», y otras tantas rémoras pseudocientíficas, obliga a los investigadores, a partir de ahora, a un replanteamiento honesto y constructivo de la arqueología canaria, en el marco de las referencias históricas y de la Antropología cultural.

No obstante, y a expensas de una mejor precisión cultural y cronológica de los distintos *períodos, fases* y *facies,* la arqueología grancanaria dispone ya, en función de la treintena de dataciones C-14 registradas en Cueva Pintada, de una serie de fechas suficientes para adelantar una propuesta de periodización objetiva. La misma se sustenta, en primer lugar, en la *cronología histórica,* universalmente admitida de las Edades, a saber *Edad Antigua* (o Antigüedad), y *Edad media* (o Medievo). En números absolutos, desde el 500 a.C. (Periplo de Hannón) al 1500 d.C. (Descubrimiento de América).

Por otra parte, los cronogramas culturales que se generan en el Mediterráneo Occidental, desde la Antigüedad al final de la Edad Media, ofrecen unos parámetros, lo suficientemente objetivos y válidos, para incardinar los episodios insulares en el marco general de la Historia. En este *diacronismo diferencial* se puede tomar como punto de partida para *Canarias en la Antigüedad* el Periplo de Hannón (siglo v a.C.), donde habría que situar un más que probable *primer descubrimiento de Canarias*

en la órbita de las grandes navegaciones y exploraciones de la costa africana, y donde la potencia cartaginesa, a la postre terminará cediendo al poder romano las llaves codiciadas del Estrecho. Quinientos años después, una expedición patrocinada por el rey Juba II volverá a redescubrir las islas y levantar el primer reportaje histórico de esta navegación atlántica.

La primera consecuencia que se saca de esta propuesta es que la cronología queda perfectamente delimitada entre las tenazas o extremos de los *Grandes Periplos Atlánticos:* primero, descubrimiento y exploración de África, de su Fachada Atlántica, y segundo, los grandes descubrimientos geográficos que culminan con el descubrimiento y exploración de América.

Se trata, pues, de un referente universal, histórico, con una duración mínima de 2.000 años, pero en cuya frecuencia se insertan y acontecen tanto los *fenómenos externos* (exploraciones, viajes, visitas, intercambios, refriegas) procedentes del *Mediterráneo Occidental* y *Fachada Atlántica* (desde el estuario del Tajo a Bojador, particularmente), como los *fenómenos internos,* es decir, lo que el registro arqueológico, en gran medida, y la historiografía, algo más imprecisa, aportan para la reconstrucción de las diferentes *secuencias culturales locales,* con sus diversos *horizontes y culturas.*

Por ello, cuando se identificó el *horizonte* o *cultura Cueva Pintada* (1978), se hizo con criterios estrictamente arqueológicos, de registro de cultura material, contraponiendo un contexto altamente denotativo desde el punto de vista morfológico (cámaras pintadas, pintaderas, ídolos, cerámicas con decoración geométrica), con otros contextos igualmente cerrados y contextualizados (tanto a nivel de Archipiélago como de isla). La singularidad de Cueva Pintada sigue siendo, dentro de la arqueología de Canarias, un hecho indiscutible. Por entonces la arqueología de Gran Canaria apenas disponía de una docena de fechas procedentes de excavaciones aisladas, de yacimientos dispersos o de muestras no muy fiables. A pesar de contar la isla con grandes asentamientos (Arguineguín, Telde, La Aldea, Costa de Gáldar), las investigaciones, aun influenciadas por el cuaternarismo de Zeuner o por la raciología de

Verneau, Schwidetzky o Fusté, no habían previsto la excavación intensiva de los asentamientos y seguía presa del espejismo de las cuevas y las momias. A partir de la excavación del Barranco de la Arena en Tenerife (Pellicer, 1971), se inauguraban las excavaciones estratigráficas, y unos años más tarde, desde la Universidad de La Laguna, se asistía al paleoambientalismo, a los estudios sectorizados y complementarios, de gran utilidad mientras estén conducidos por una teoría y un programa cuya dirección última corresponde al historiador de la cultura. La experiencia de los últimos veinte años ha demostrado, sin embargo, la oscilación de muchos de estos esfuerzos que, si bien han servido para crear una serie de expectativas, no han ampliado en lo sustancial el *conocimiento cultural* de las comunidades indígenas canarias.

Con las primeras excavaciones sistemáticas del asentamiento Cueva Pintada, que sólo representan más o menos la mitad de la superficie del yacimiento, y sin pretender agotar el tema sino por el contrario abrirlo, Gran Canaria cuenta con la posibilidad de empezar a racionalizar el «puzzle aborigen» en que ha naufragado parte de la investigación, sometida a los engañosos guiños del guanchismo.

Con fundamento, primero, en el orden cronológico-histórico, y, segundo, en las fechas radiocarbónicas, por primera vez se establece una propuesta de periodización que, como de los propios datos se deduce, en ninguno de sus extremos, aun cuando se refiera a comunidades indígenas periféricas, se corresponde con la prehistoria regional, sino que determina un segmento temporal bien situado y conocido: Antigüedad y Medievo, válido tanto para Europa como para África del Norte.

El primer cuadro cronológico, propuesto para un debate historiográfico y arqueológico más profundo y sosegado, quedaría planteado del siguiente modo:

Edad Antigua

Periplo de Hannón (*circa* 500 a.C.). Viaje de Juba II de Mauritania (*post* 25 a.C.). Aún no se ha encontrado el asenta-

miento arqueológico capaz de aportar una información suficiente para precisar los contactos y relaciones culturales con exactitud. Sin embargo, algunas fechas aisladas se corresponden con cronologías premedievales. Por otra parte, la reiterada presencia de *cerámicas a torno,* de tradición romana, documentada en el interior de los rellenos de Cueva Pintada, es uno de los indicios que tienen su correspondencia con las anforetas romanas encontradas en aguas del Archipiélago, o con los materiale del Nivel IV de El Bebedero, Lanzarote. Con la descomposición del Bajo Imperio y la invasión de los Bárbaros (siglos IV y V d.C.) se asiste al colapso, y posterior reordenación, de los distintos escenarios regionales de Occidente y África del Norte, donde el mundo indígena sigue en ebullición.

Edad Media

Dentro de la Edad Media se han distinguido dos períodos:

1. **Medieval**

Se corresponde cronológicamente con la Alta Edad Media y a él se adscribe el mayor porcentaje de las fechas C-14 del asentamiento de Gáldar. A este período, que va del siglo VI al XI, pertenecen las comunidades *indígenas medievales* o los *canarios medievales,* distinguiéndolos de los prehispánicos. Aquí hay que situar dos hitos:

a) En el registro historiográfico: *Fundación Roma* (época de Justiniano, s. VI).

b) En el registro arqueológico: *Asentamiento Cueva Pintada,* casas de mampuestos, casas de sillares labrados, cámaras excavadas en la toba.

Todos estos elementos quedan concatenados en el *sistema protourbano* que se sitúa cronológicamente entre los siglos IX al XI y que no es estrictamente *prehispánico.* Se trata de una comunidad indígena o gentil, que opera en la isla en plena Alta Edad Media, y que supera los parámetros de la simple organización aldeana.

Estas cronologías no pueden obviar los movimientos culturales próximos, como lo son la presencia de los árabes en el Estrecho a partir del 711, y, sobre todo, la onda expansiva de los almorávides (siglos XI y XII) y los almohades (siglos XII y XIII).

2. **Prehispánico**

Se corresponde cronológicamente con la Baja Edad Media, del siglo XII al XV, y en él se podrían distinguir dos subperíodos:

— Prehispánico I. Del siglo XII al XIV. Historiográficamente, desde las noticias aportadas por *El Idrissi* (1154) a la *Información Da Recco* (1341).

— Prehispánico II. Del siglo XIV al XV. Es el período más corto pero del que se conserva mayor y más densa *información etnohistórica,* que se prolonga en la historiografía tardorrenacentista (Torriani, Abreu, Sosa). En números absolutos va desde la Misión Mallorquina (1342) a la Guerra de Gran Canaria (1478-1483). Este período ha sido definido también como *Epigonal.*

Edad Moderna

Cronológicamente dentro ya de la *Edad Moderna* hay que registrar dos importantes fenómenos culturales, y la aportación documental de informes civiles, militares y religiosos (Catedral, Audiencia, Inquisición):

1. **Transición**

Desde la finalización de la Guerra de Gran Canaria (1483) a la *Información Guanartémica* (1526). Es cuando tiene lugar, en apenas cuarenta años, la integración del mundo indígena en el nuevo orden castellano.

2. **Supervivencias**

Detectadas en hábitos, asentamiento y aspectos materiales del mundo rural. Recuérdese el *Informe Ulloa* (1646) donde

certifica que los nobles de Gáldar siguen viviendo en grandes cuevas como sus antepasados.

En esta reorientación cronológica y arqueológica, *Canarias en la Antigüedad* y *Canarias en la Edad Media,* como gustaba decir a los historiadores ilustrados, vuelven a cobrar un profundo sentido cultural e histórico muchos de los falsos enigmas y misterios de la arqueología canaria. Ello no es incompatible sino, por el contrario, complementario con la articulación secuencial de fases y períodos (inicial, medio, final) o con la noción de *horizonte cultural,* que la evolución interna, a través del registro arqueológico, otorgue, según avanza la investigación, a la arqueología, o a las arqueologías, insular o insulares.

Sin embargo, a pesar de ser relevantes, y en muchos aspectos excepcionales, los datos obtenidos en el asentamiento Cueva Pintada sólo ampliarán su significado y aportación científica cuando puedan compararse con los de otras operaciones arqueológicas, de similar envergadura, localizadas en otros puntos de la isla y del archipiélago. Entonces sí tendrá lugar la tan deseada «revolución arqueológica» y el nacimiento de un nuevo paradigma.

IV. BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. (1980): *La Céramique médiévale en Méditerranée occidentale. X-XV^e siècles.* Actes du Colloque International du C.N.R.S. (Valbonne, 1978), París.

ALCALÁ GALIANO, P. (1900): *Santa Cruz de la Mar Pequeña. Pesquerías y comercio en la costa noroeste de África.* Imprenta del Ministerio de Marina, Madrid, 96 pp.

BARCELÓ, M. (1988): *Arqueología Medieval. En las «afueras del medievalismo».* Ed. Crítica, Historia Medieval, Barcelona, 284 pp.

BERTHELOT, S. (ed. 1977): *Etnografía y anales de la conquista de las Islas Canarias.* T. I, Ediciones El Museo Canario, Las Palmas, 121 pp.

CASTRO, D. (1983): *Historia de las Islas Canarias. De la prehistoria al descubrimiento.* Editora Nacional, Cultura y Sociedad, Madrid, 259 pp.

CHAMPION, T.; GAMBLE, C.; SHENNAN, S.; WHITTLE, A. (1988): *Prehistoria de Europa.* Ed. Crítica, Barcelona, 475 pp.

DADULATL, A. (1980): «La céramique ifriqiyenne du IXe au XVe siècle», en *La céramique médiévale en Méditerranée occidentale, X-XVe siècles.* Actes du Colloque International du C.N.R.S. (Valbonne, 1978), París, pp. 197-201.

DELAIGUE, M. C. (1983): «Possible influence berbère dans la céramique médiévale de la région valencienne», en *Bulletin d'Archéologie Marocaine.* T. XV, pp. 493-521.

DESANGES, J. (1962): *Catalogue des tribus africaines de l'Antiquité classique à l'Ouest du Nil.* Publications de la Section d'Histoire, 4. Université de Dakar, Dakar, 296 pp.

DESANGES, J. (1982): «Los protoberéberes», en *Historia General de África.* T. II. Ed. Tecnos-Unesco. Madrid, pp. 429-447.

FERRAND, G. (1935): «Géographie et cartographie musulmane», en *Hespéris,* T. XX, fasc. I-II, pp. 81-84.

GIESE, W. (1949): «Acerca del carácter de la lengua guanche», en *Revista de Historia,* n.º 86-87, pp. 188-202.

GUTIÉRREZ LLORET, S. (1993): «La cerámica paleoandalusí del sureste peninsular (tudmir). Producción y distribución (siglos VII al X), en *La cerámica altomedieval en el sur de Al-Andalus.* Monografía Arte y Arqueología. Universidad de Granada, pp. 39-65.

JÁRREGA, R. (1987): «Notas sobre la importación de cerámicas finas norteafricanas (sigillata clara D) en la costa oriental de Hispania, durante el siglo VI e inicios del siglo VII d.C.», en *Arqueología Medieval Española,* II, pp. 337-344.

Le Canarien (ed. 1980): *Crónicas francesas de la conquista de Canarias.* Introducción y traducción de Alejandro Cioranescu. Aula de Cultura de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife, 216 pp.

LEWICKI, T. (1983): «Encore sur les voyages arabes aux Canaries au moyen âge», en *Études maghrébines et soudanaises.* T. II. Editions Scientifiques de Pologne, Varsovie, pp. 9-31.

MALPICA CUELLO, A., ed. (1993): *La cerámica altomedieval en el sur de Al-Andalus.* Monografía Arte y Arqueología. Universidad de Granada, Granada, 310 pp.

MARTÍN DE GUZMÁN, C. (1993): «Vertiente social del parque arqueológico», en *Seminario de Parques Arqueológicos* (Madrid, 13-15 diciembre 1989), I.C.R.B.C., Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 191-210.

MARTÍN DE GUZMÁN, C.; MELIÁN GARCÍA, A.; ONRUBIA PINTADO, J., y SAAVEDRA PÉREZ, M. (1993): «El Parque Arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar (Gran Canaria)». *Seminario de Parques Arqueológicos* (Madrid, 13-15 diciembre 1989), I.C.R.B.C., Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 23-43.

MARTÍN DE GUZMÁN, C.; ONRUBIA PINTADO, J.; LLAVORI DE MICHEO, R., y SÁENZ SAGASTI, J. I. (1992): «Excavaciones en el Parque Arqueológico Cueva Pintada de Gáldar, Gran Canaria (avance de las actuaciones de 1988 y 1990)», en *Investigaciones Arqueológicas,* n.º 3, pp. 153-205.

MARTÍN DE GUZMÁN, C.; ONRUBIA PINTADO, J.; SÁENZ SAGASTI, J. I. (1994): «Trabajos en el Parque Arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar, Gran Cana-

ria. Avance de las intervenciones realizadas entre julio de 1990 y diciembre de 1992», en *Anuario de Estudios Atlánticos,* n.º 40, pp. 17-115.

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (1992): *Canarias en la mitología. Historia mítica del Archipiélago,* ed. Centro de la Cultura Popular Canaria. Santa Cruz de Tenerife, 161 pp.

MILLARES TORRES, A. (ed. 1974): *Historia General de las Islas Canarias.* Ed. Edirca. Las Palmas. T. I, 366 pp.

MOHEN, J. P. (1992): *Prehistoria metalúrgica. Introducción a la paleometalurgia.* Ed. Masson, S.A. Barcelona, 230 pp.

RUIZ GÓMEZ, F. (1990): *Las aldeas castellanas en la Edad Media.* Biblioteca de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Universidad de Castilla-La Mancha, Madrid, 344 pp.

SCHMITT, P. (1968): «Connaissance des Iles Canaries dans l'Antiquité», en *Latomus,* n.º 27, pp. 362-391.

SERRA RÁFOLS, E. (1940-1941): «Los Mallorquines en Canarias», en *Revista de Historia,* T. VII, pp. 195-209 y 281-287.

SERRA RÁFOLS, E. (1949): «Los árabes y las Canarias prehispánicas», en *Revista de Historia,* T. XV, pp. 161-177.

SOSA, Fray José de (ed. 1849): *Topografía de la isla Afortunada Gran Canaria, cabeza del partido de toda la provincia comprensiva de las siete islas llamadas vulgarmente Afortunadas. Su antigüedad, conquista e invasiones, sus puertos, playas, murallas y castillos; con cierta relación de sus defensas escrita en la M. N. y muy leal Ciudad Real de Las Palmas por un hijo suyo este año de 1678.* Imp. Isleña. Regente Miguel Miranda. Santa Cruz de Tenerife. 198 pp.

TORRIANI, L. (ed. 1978): *Descripción e Historia del Reino de las Islas Canarias.* Trad. del italiano con Introducción y Notas por Alejandro Cioranescu. Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 298 pp.

VERNET, J. (1971): «Textos árabes de viajes por el Atlántico», en *Anuario de Estudios Atlánticos,* n.º 17, pp. 401-427.

VYCICHL, W. (1952): «La lengua de los antiguos canarios. Introducción al estudio de la lengua y de la historia canarias», en *Revista de Historia,* T. XVIII, pp. 167-204.

WÖLFEL, D. J. (1957): «Los aficionados, los charlatanes y la investigación de la lengua aborigen de las Islas Canarias», en *Mémorial André Basset (1895-1956),* Maisoneuve, París. (Trad. de Max Steffen en *Estudios Canarios,* ed. H. Nowak, Burgfried-Verlag, Hadlein, Austria), pp. 147-158.

ZYHLARZ, E. (1950): «Das kanarische berberisch in seinem sprachgeschichtlichen milieu», en *Zeitschrift der deutschen morgen ländischen gesellschaft,* n.º 100, vol. 2, pp. 403-460.

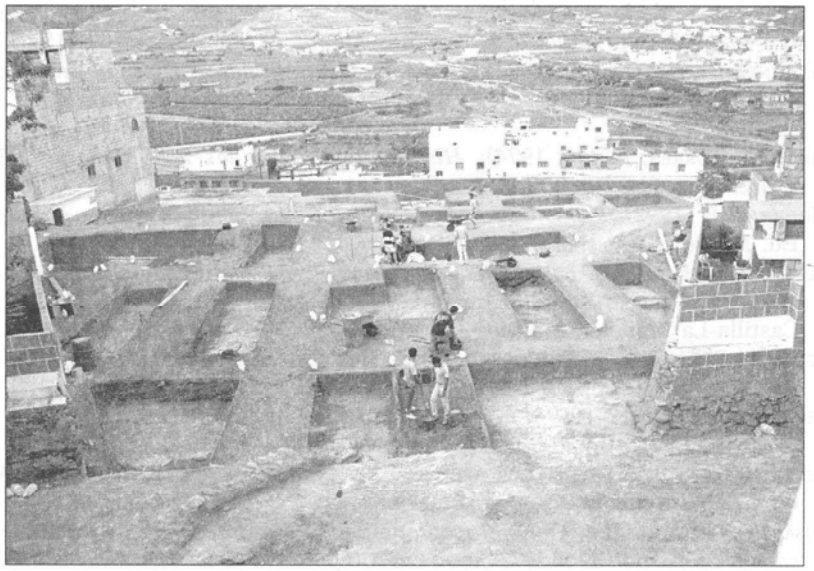


FOTO 1.—Vista general de parte de los sondeos que se excavaron en el bancal 01.

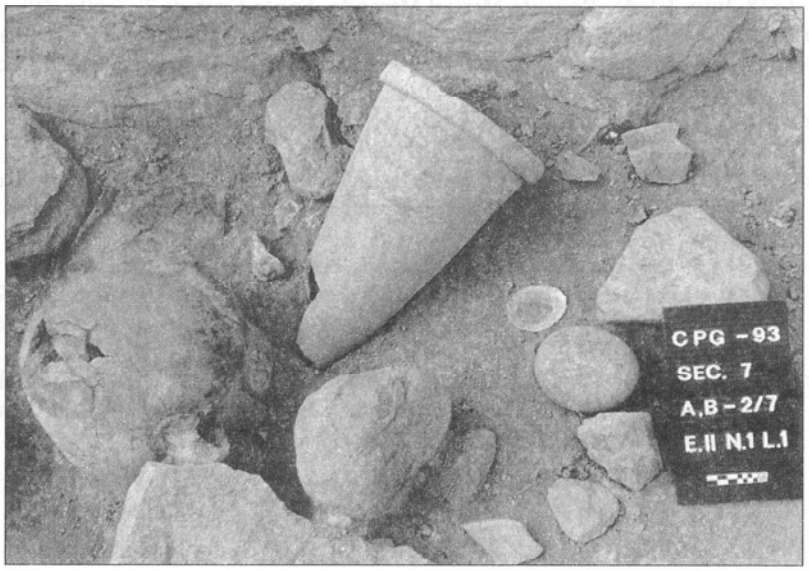


FOTO 2.—Detalle del piso de ocupación del sector 7, que contiene una forma azucarera junto a una cerámica modelada.

FOTO 3.—Superposición de muros de distintos recintos habitacionales, sector 7.

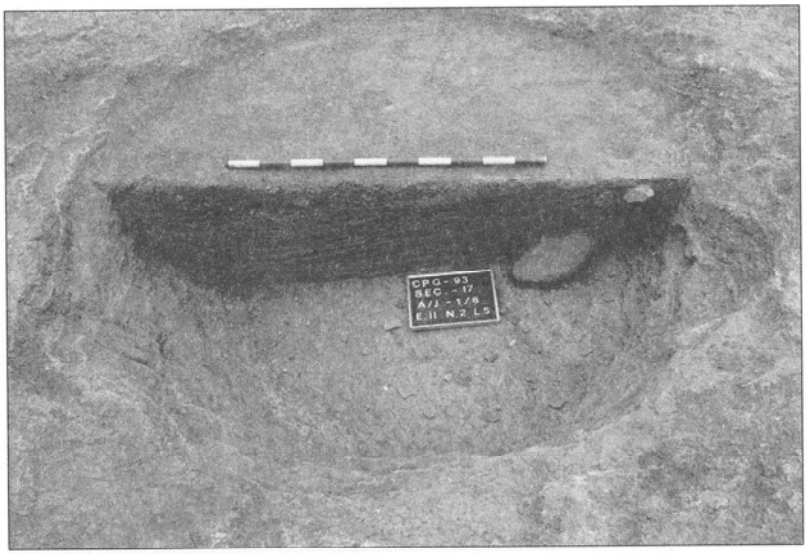


FOTO 4.—Fosa circular excavada en la toba, y detalle del sedimento que contenía.

FOTO 5.—Piso de ocupación de la pequeña estructura doméstica del sector 26.

FOTO 6.—Vista del *complejo habitacional* de los sectores 15-16-25-26, donde se ve el corredor que une ambos espacios.

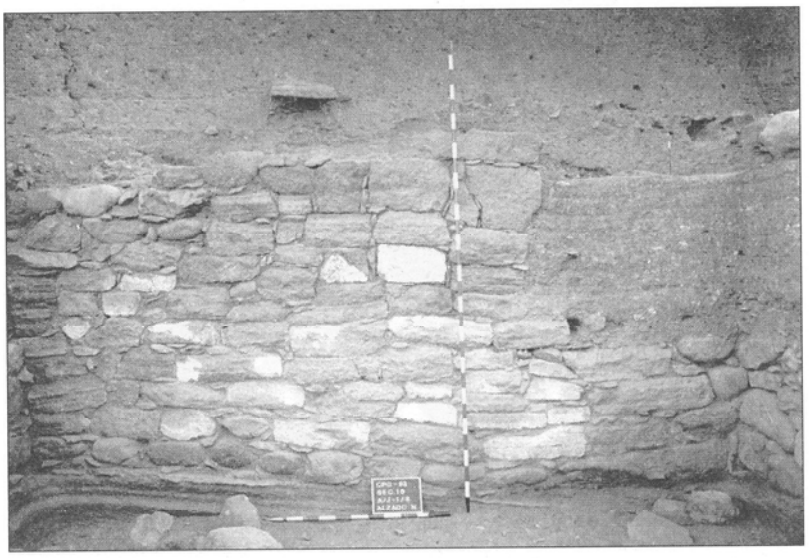


FOTO 7.—Alzado del muro norte del recinto excavado en la toba, sectores 15-16-25-26.

FOTO 8.—Piso basal de la estructura cruciforme de los sectores 15-16-25-26, donde se aprecian los agujeros de poste y el rebaje de una *placa de hogar.*

FOTO 9.—Opus mixto del recinto cruciforme del sector 34-35.

FOTO 10.—Mitad sur de la casa del sector 40.

FOTO 11.—Vista general de la planta y del pavimento de la estructura de los sectores 55-56-69-70.

FOTO 12.—Empedrado descubierto bajo el piso de ocupación de la casa de la fotografía anterior.

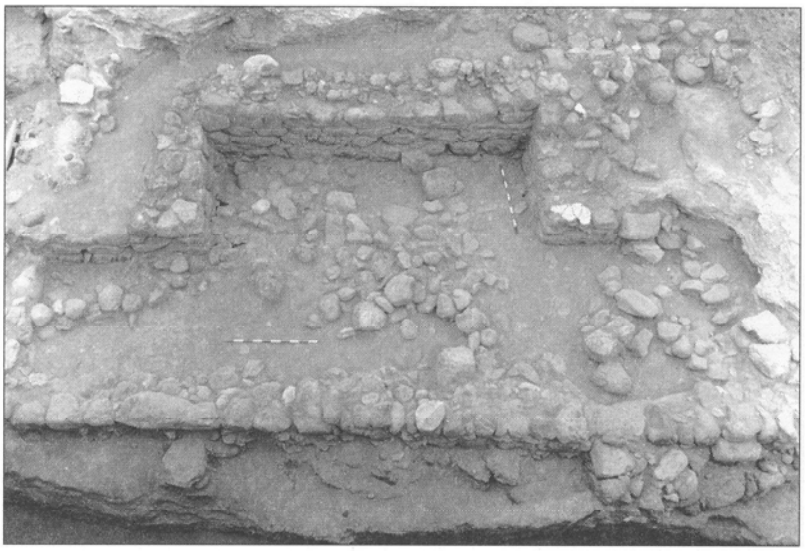


FOTO 13.—Estructura de habitación de los sectores 82-83. En la parte inferior se puede ver el muro de bancalización que pasa sobre los paramentos de dicha casa.

FOTO 14.—Vista parcial de la estructura del sector 93 donde se ven los agujeros de poste.

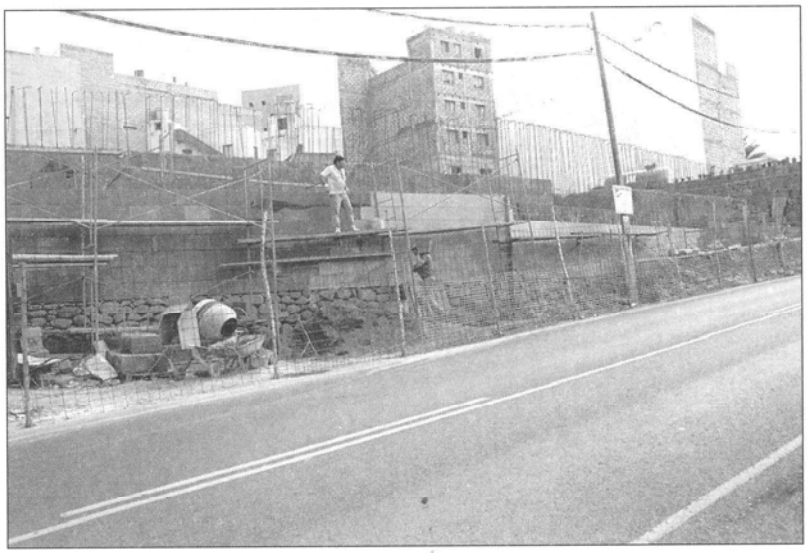


FOTO 15.—Labores de construcción de la muralla, c/ Bajada de las Guayarminas.

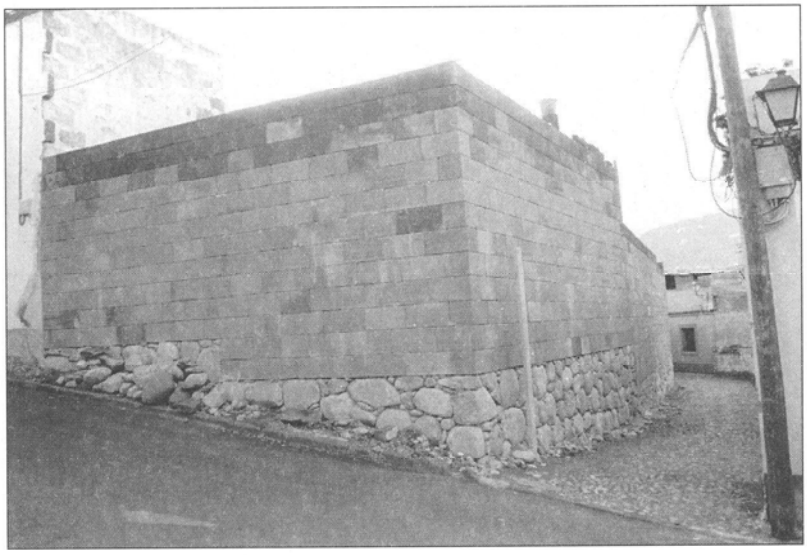


FOTO 16.—Vista final del cerramiento sur en la esquina de las calles Cueva Pintada y Bentejuí.